

El Nuevo

2
Ptas.



"TOREADOR DE NEGRO Y ROJO" (1911)



¡Más caballos!



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA
Año III - Madrid, 23 de mayo de 1946 - N.º 100



LA sola contemplación a cierra ojos de la fotografía lo dice todo. Estamos a la vera del Tajo, en el enclave de Talavera de la Reina, donde Castilla comienza a fundirse con la Mancha y Extremadura. Unos centenares de metros a la espalda se aglomeran las gentes del ferrial, los tratables con blusas negras, los campesinos del terruño y los gitanos de los borriquillos. Son las cinco de la tarde, la hora decisiva de las corridas de toros. Las grandes elegías a los diestros muertos hablan siempre de esa hora. Las alegrías de los toreros que bullen en el café de Chinitas marcan una hora antes. A las cuatro.

Pero estamos en Talavera. Estamos en su Plaza, cortada en dos terceras partes al ras de los tendidos. Por detrás del portón de las cuadrillas asoman la torre y la espadaña, que flanquean las cigüeñas. Una vez al año se les ve volar con un punto de susto, mirando con un ojo al nido y con el otro a lo que ocurre en la arena, que queda quince metros más abajo. Hace veintiséis años, cualquier cigüeña —que a lo mejor vive, pues no se sabe por qué parece que las cigüeñas han de ser longevas— vería con su ojo avizor cómo la gente se arremolinaba y cómo el revuelo volaba, pasando por el ferrial, a más velocidad que ella.

A veintiséis años de distancia, ni la fotografía ni lo que en ella se representa pueden decir otra cosa. Don Alvaro Domecq, y las cuadrillas a su grupa, hacen el paseo descubiertos, mientras el mismo pensamiento se frunce en la frente de todos. Más que a jugarse la vida, parece que salen a oficiar en el funeral de Joselito, que la perdió allí mismo.

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



FORZOSAMENTE he de darme por aludido —aunque no se me aludiera ni directa ni indirectamente— de un atinadísimo y oportuno comentario que "Marca" publicó en su página dedicada a EL RUEDO sobre la pérdida de un busto de Joselito.

Por fortuna, el busto, modelado

en barro al menos, juraría que está en el Estudio del insigne escultor Juan Cristóbal, y en el ánimo de la que fué Comisión organizadora del homenaje a Joselito en el XV aniversario de su trágica muerte está el propósito de que quede colocado en el lugar que se pensó.

Es de todas maneras lamentable que no lo esté ya —y aquí el porqué de darme por aludido—, cuando ha pasado más de un año desde el día en que se me ocurrió provocar una reunión de personas idóneas para que en ella se tomasen los acuerdos precisos para llevar a cabo el homenaje debido al diestro de Gelves. La Comisión que en tal oportunidad quedó nombrada realizó con celo y actividad una serie de gestiones, cuya enumeración no hace ahora al caso, que culminaron con la celebración de una corrida de toros, de cuyos ingresos se esperaba obtener los beneficios suficientes para costear unos funerales, el busto de Joselito y la edición de un libro. El resultado económico de la corrida no fué, ciertamente, muy brillante; pero la Empresa de la Plaza de las Ventas, consecuente con las facilidades que dió para todo a la Comisión organizadora, costeó los funerales y aceptó abonar en su día la cantidad que de acuerdo con su autor se estipuló por el busto que rápidamente empezó a modelar Juan Cristóbal.

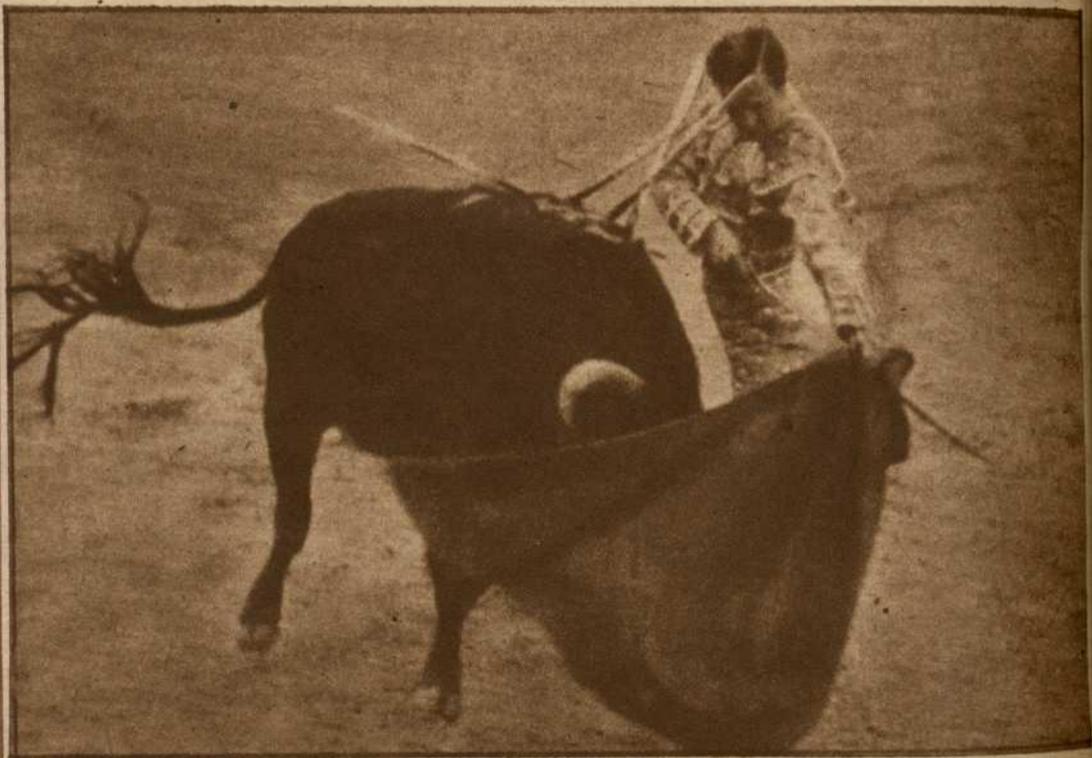
Así quedaron las cosas en mayo del año pasado, y así, sin duda, siguen, acaso por abandonos o desasistencias que podrán tener sus razones, o al menos sus excusas, pero que también, sin duda, serán subsanados en una inmediata reanudación de actividades que, me consta personalmente, se propone la Comisión para que en esta misma temporada quede cumplido el principal propósito de perpetuar en la Plaza de Toros de Madrid la memoria del excepcional diestro sevillano.

Bien hizo el colega que escribió en la página de EL RUEDO en hablar con tanta oportunidad como tino del busto perdido, pues su comentario ha sido un clarinazo de atención, una estridente diana, que a mí, al menos, me ha puesto en pie para reanudar las gestiones con el entusiasmo que la obra merece a todos los buenos aficionados.

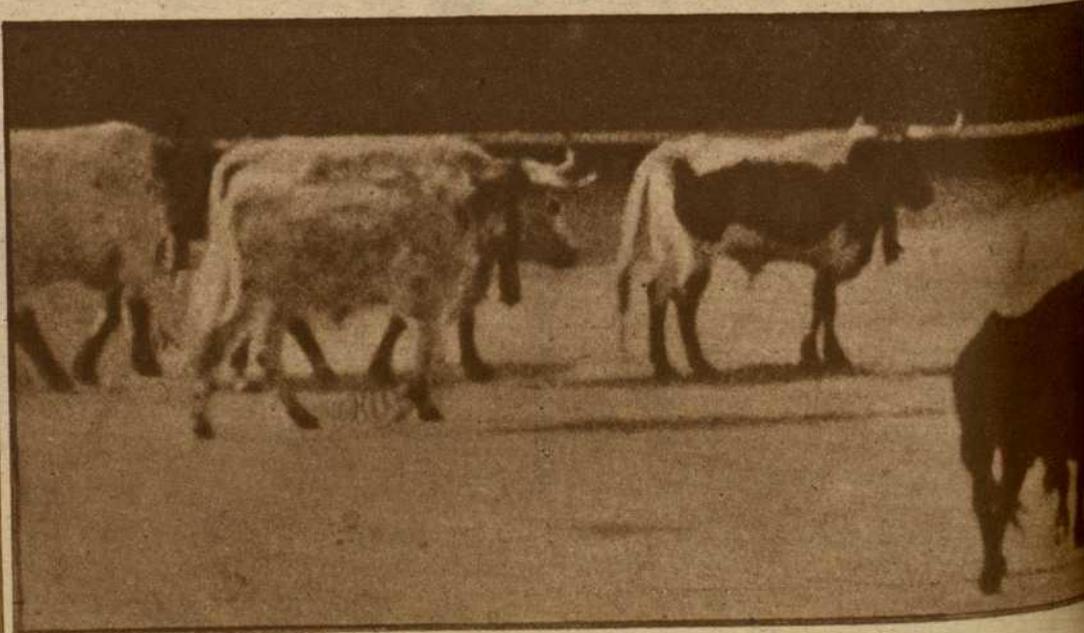
EL DOMINGO, EN LAS VENTAS



Primer momento de la cogida de Pepin Martín Vázquez. Al intentar un pase natural, el diestro sevillano es prendido y lanzado al aire en el sexto toro



Un momento de la faena de Pepe Luis Vázquez el domingo en las Ventas. El diestro de San Bernardo toreando por naturales, en la faena premiada con la vuelta al ruedo, en el tercer toro. Abajo: Los mansos retirando el tercer toro, devuelto por ciego



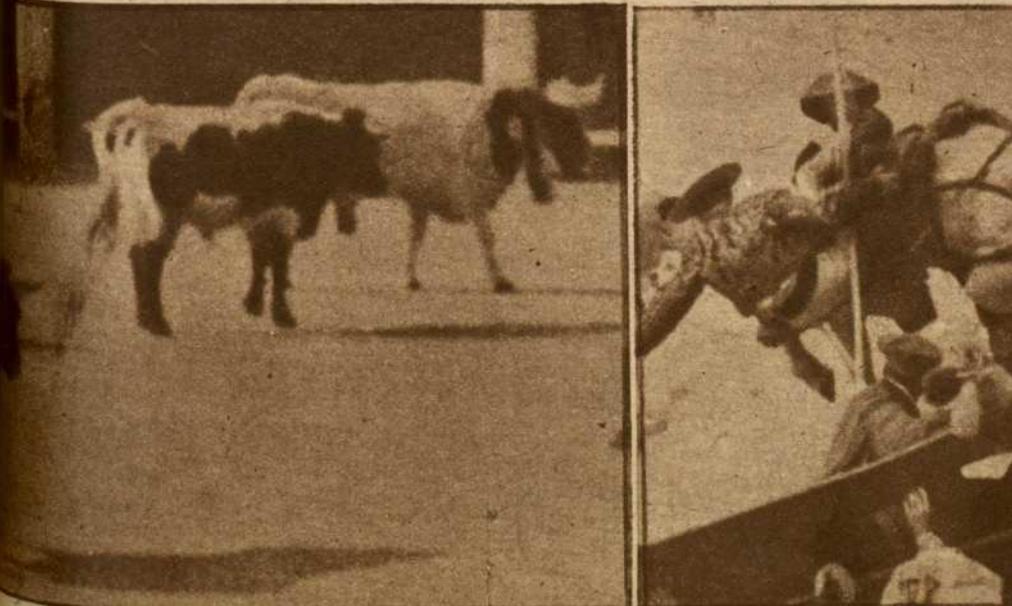
PEPE LUIS VAZQUEZ y PEPIN MARTIN VAZQUEZ, con toros de Ruiseñada



Después de voltearlo, al caer al suelo, el toro busca de nuevo el bulto. Pepin Martín Vázquez, emocionado por el fuerte porrazo, permanece inerte, mientras el peón acude al quite



En lance de capa de Pepin Martín Vázquez durante la lidia del sexto toro, en que resultó cogido.—Abajo: Una de las aparatosas caídas que sufrieron el domingo los picadores en sus intervenciones (Fotos Baldomero Manzano)



LA SEMANA EN LAS VENTAS

MANO A MANO

Las corridas a base de un mano a mano tienen la quiebra de que si la competencia no alcanza más allá que la combinación de Empresa, no suelen interesar al público, que prefiere la variedad canónica que se encierra en la clásica terna. Otro cantar es cuando del pulimento de una temporada se quiere alquitarar el contraste de dos valores destacados, con muchos grados de pasión a favor de cada cual. Pero todavía cabe el que un mano a mano, nacido de una



combinación empresarial, incida en un punto de interés del público. Tal fue el caso del domingo, en que la Empresa acertó—queda subrayado el acierto—en plantear un tema en la arena de las Ventas. Un tema que si no era de los que no dejan dormir a la afición, tenía sus más y sus menos. La escuela sevillana estaba en la Plaza, y bastantes se venían preguntando por su legítimo corifeo. Este interés bastó para casi colmar la Plaza, en la entrada más brillante de la temporada.

El mano a mano obliga al cronista, casi tanto como al torero, a buscar un resultado, no ya independiente, sino relativo. En la terna se diluyen más estas cosas, que en el mano a mano señalan necesariamente un ganador y un, diremos, colocado, para entendernos. Así, pues, adelantaremos que los dos José tuvieron una tarde lucida y que la gente salió distraída de la Plaza. José Martín Vázquez estuvo lleno de voluntad, puso banderillas, se colgó de un pitón, semibrindó a un tendido el salir con espada de verdad. Es decir, actuó con el acelerador a fondo, mientras José Luis navegó en conserva, en la conserva de sus conocimientos y de su holgura. Andaba a cincuenta por hora, que es, ¡ay!, su pajolera media horaria, la que le basta, como le bastan medias estocadas para tumbar los toros. Aun así, José Luis Vázquez se llevó de calle la carrera del mano a mano de la escuela sevillana.

Viniendo al detalle, vamos a decir que ambos diestros cargaron con una corrida mañsa, más acusadamente en la primera mitad, que con el remiendo de un sobrero de Aleas se presentaba cargada de tristes presagios por ese lado. Pepe Luis y Pepín se habían quitado de encima los dos primeros, y el de Aleas se salvó del fuego por milagro y a fuerza de acosones. La faena de Pepe Luis levantó el tono de la corrida. Fue un muleteo justo, suave, con la valentía precisa y con sobra de conocimiento. El trasteo previo, los naturales cerrados con el de pecho, una maravillosa serie en redondo y las alegrías finas, nunca escandalosas, rematadas al cuadrar al toro, con una unidad perfecta.

Los restantes toros de Ruiseñada parecieron aliviar sus defectos desde entonces. Casi, casi, a no ser por su incertidumbre y su falta de fijeza, podía decirse que cumplieron. Pepín Martín Vázquez se volcó, apretó en quites, quebró unos pares, y en la faena de muleta se paró y sacó excelentes pases, algo destrabados. Matando, la verdad, ya no se volcó, y aun resultó que el escaso matador que era Pepe Luis parecía el domingo un Mazzantini. Pepín fue ovacionado.

Los dos sevillanos tuvieron el bache de la impresión que causaron las arrobadas del quinto en el primer tercio. Pepe Luis volvió por sus fueros de buen arte, ya más apoyado en la movilidad. Eso le restó aplausos y le sumó discrepancias en la vuelta al ruedo. Y casi nos olvidamos de decir que metió media estocada matemática para echar abajo sin puntilla las treinta arrobadas.

Lo bueno de Pepín fue que siguió apretando. Lanceó, recorrió e hizo un emocionante quite por gaoneras entre ovaciones. El de San Bernardo armó el escándalo en su turno. Pepín se fijó en el suelo—visto que la movilidad no gusta—, y en un natural ceñidísimo sale cogido y volteado aparatosamente. Siguió muy valiente, pero ya la brújula se torció, acabando con la corrida del mano a mano, ante un sobresaliente que no dejaron actuar y con la gran labor de Luis Morales en el peonaje.

El resultado ya se ha dicho. ¿Y por qué no queda también claro que sin clavar los pies en el suelo se puede también torrear, y muy bien?

EL CACHETERO

El festejo estuvo a punto de ser suspendido

NOS propusimos esta vez no interrogar a los espadas al concluir su cometido. Son ya, señor, muchos los tópicos escuchados en lo que va de temporada y muchas las frases de «que los toros salieron ilidiables», «me correspondió el lote peor», «el bicho resultó bronco»...

Entonces pensamos que fuera el ganadero la figura elegida para recogerle sus impresiones.

Pero tales planes vinieron a desvanecerse. Desde las nueve de la mañana del pasado domingo hasta bien avanzado el mediodía, se sucedieron incidencias suficientes para abatir los más risueños proyectos.

En mi calidad de testigo presencial, voy a referirles someramente la pequeña historia del prólogo de la última corrida. Los señores veterinarios oponen serios reparos a los seis astados anunciados del señor Tassara. Apresuradamente trae la Empresa otros seis cornúpetas para sustituirlos. Los apoderados vacilan. Se habla de suspender la corrida. Conciliábulo, cábildeos y muchas caras largas. Un incesante ir y venir al teléfono, en consulta con la Dirección General de Seguridad. Perplejidad en los semblantes de los espectadores del sorteo, que hoy vinieron en gran número.

Al fin, se allanan las dificultades. Miguel Prieto y Marcial Lalanda acceden a que sus representados toreen el nuevo ganado; la autoridad y los veterinarios no oponen reparos a los toros sustitutos, y los aficionados respiran al ver asegurada la corrida.

Y con gran retraso comienza el sorteo. Las reses del conde de Ruiseñada, parejas y terciadas, no ofrecían grandes dificultades para la siempre laboriosa tarea de equiparar los lotes. Tan sólo un toro, el marcado con el número 1, destacaba de sus hermanos. Y majestuoso en su superioridad de peso y trapío, se ofrecía a la curiosidad de los mirones, separado en una corraleta.

Observé que algunos elementos de ambas cuadrillas le miraban de soslayo y hacían gestos significativos. Luego, foscos y malhumorados, se alejaban pronunciando vocablos ininteligibles... Se formó un lote con los toros 7, 24 y 12; el otro quedó integrado con el 18, 4 y «el terrorífico» 1, de nombre «Rayanero».

Dispuesto a no perderme el momento solemne de adjudicar la fiera bovina, me aproximé al grupo formado alrededor de la urna circunstancial, esta vez el sombrero de uno de los testigos.

La mano «inocente» de un conocido banderillero extrajo el primer papelito. Una exclamación, entre encolerizada y pavorosa, del subalterno nos hizo prever su mala suerte en la elección. Por fortuna para él, un error en los signos de la numeración le habían hecho tomar por él 1 a un simpático 7.

En resumen: el torito de tanto respeto le correspondió a Pepe Luis Vázquez, y saltó al ruedo en quinto lugar. A todo esto, al intentar localizar el paradero del propietario de la ganadería definitivamente designada, me encontré con que el conde de Ruiseñada, por tener su residencia habitual en Barcelona y por la improvisada intervención de su



Pepe Luis Vázquez



Alonso Orduña



Pepín Martín Vázquez

El quinto toro causó sensación por la mañana en el apartado

prendido, acabo de nombrar a don José Alonso Orduña. Después de jornada tan azarosa, estaba nuestro hombre bien arrellanado en su confortable despacho, bien ajeno a que mi presencia había de romper su bien ganado descanso.

—Creo —comenzó a hablar— que la corrida sustituida hubiera dado de sobra el peso reglamentario; pero acatando de buen grado las decisiones de la ciencia y de la autoridad, pusimos a disposición de éstos la corrida de Ruiseñada, que previsoriamente habíamos traído a marchas forzadas.

—... Que de no existir nos hubiera dejado sin toros, pese al permiso de la señorita Primavera.

—Es de justicia que recoja usted las facilidades

otorgadas por los espadas comprometiéndose a torear un ganado que no era el que habían comprometido.

—Las seis reses del conde —añade don José— las compramos de erales, hará dos años. Desde entonces ha dipuesto de buena «mesa y mantel» en nuestros prados de Alpedrete. Así vienen bien criadas y con fuerza, aun cuando esto hace que esta clase de corridas no sean muy gratas para los toreros.

—¿Estima usted acertada la sustitución del cuarto toro?

—En modo alguno debió autorizarse. El toro salió deslumbrado, y como loco, de los chiqueros. Al esconderle rápidamente un capote, se pegó un golpe enorme contra el burladero. El toro hubiera resultado pasajero si lo dejan refrescar, y conste que no hablo por intereses de Empresa. Además, si hacemos caso del Reglamento, vemos que su artículo 92 prohíbe retirar todo toro inutilizado durante la lidia.

—Y los toreros, ¿qué le han parecido?

—A mí me han gustado los dos, aunque reconozco que no han dado el máximo rendimiento. Pero como han puesto voluntad y deseos en muchas ocasiones, no puedo sentirme descontento.

—Pues el público, querido don José, ha discutido.

—Inconvenientes que da el valer, al que siempre se le exige, porque de antemano se sabe que puede rendirlo.

No quiero marcharme sin abordar el tema del «lleno», y, al abordarlo, obtengo esta respuesta:

—Económicamente, siendo la tarde mejor, no sólo no hemos ganado, sino que, por el adelanto de la recaudación, puedo afirmar que hemos perdido.

—¿No habrá algo de exageración en sus cálculos?

—La Plaza parecía más llena de lo que en realidad estaba. Con que el público se esponje y se siente cómodamente todo el que entra de servicio, se opera el milagro de que el espectador ingenuo aprecie como un lleno, sin fijarse en los claros denunciadores del fracaso económico, en corridas como la de hoy, de crecido presupuesto.

—Una última pregunta, señor Alonso Orduña: ¿puede anticiparme el cartel de la próxima corrida?

—Sólo puedo adelantarle que el próximo domingo se correrá la corrida de Pablo Romero, y uno de los espadas contratado en firme es Manuel Álvarez, Andaluz.

F. MENDO

DESPUES DE LA CORRIDA

EL SEÑOR ALONSO ORDUÑA CREE QUE LOS DE TASSARA HUBIERAN DADO EL PESO REGLAMENTARIO, Y DICE QUE LA PLAZA NO ESTABA TAN LLENA



Durante el apartado hubo un «coco». Era el quinto toro

divisa, no podía hacer acto de comparecencia.

A falta del ganadero, vería a la Empresa de la Plaza de Madrid.

Concluida la corrida, en vez de galopar tras de los espadas, encaminé mis pasos al domicilio del caballero de la inveterada jovialidad, de palabras agradables y de la indulgente paciencia, a despecho de los nubarrones que se ciernen en el firmamento taurómico: como muchos de ustedes habrán com-

EL LAPIZ EN LOS TOROS

De la corrida del domingo en Madrid. - Por Antonio Casero



Pepe Luis en dos momentos de la faena ejecutada en el tercer toro y tres momentos de la actuación de Pepín Martín Vázquez

QUE es lo que significa, en la vida y en la fiesta de toros, «mano a mano»?... En compañía, con amistad y confianza. Pero además nuestro vocabulario está lleno de esas expresiones, donde el término «mano» juega el más importante papel: cambiar la mano, cargar la mano, buena mano izquierda... «La derecha es recusable, porque, por bien que toree, ha de hacerlo apoyándose en la espalda, y la izquierda, como mano ideal, encuentra escaso margen práctico y serios peligros en su uso» —dice en uno de sus libros, que son casi libros de texto, el maestro César Jalón—. Por eso, los toreros de hoy, salvo excepciones, prefieren torear a dos manos y rehuyen el mano a mano.

«El quinto es un pavo de aúpa, decía, antes de empezar la corrida del pasado domingo, un espectador del 2, de esos que no se pierden el apartado para darse luego importancia de anunciadores ante sus vecinos de localidad. Pero la gente apenas hacía caso a

este premonitor de toros grandes; porque lo cierto es que, a pesar de la compañía y de la confianza y de la amistad de la definición, el mano a mano es la que lleva público y llena el coso, lo que despierta resortes de expectación y hace sonar timbres apasionados. Con toda la nobleza que se quiera, el mano a mano es la cifra más alta y expresiva de la emulación y de la competencia. Con estilos semejantes —como los de Pepe Luis Vázquez y Pepe Martín Vázquez, dos Pepes, dos Vázquez y un Martín y un Luis— o con estilos desiguales, con tallas parecidas o disímiles, lo cierto es que cuando dos lidiadores, dos, se anuncian en un cartel para entenderse las con seis toros, y sin que esta afirmación prejuzgue el resultado de la corrida, ni la condición del ganado, ni la voluntad, o la falta de voluntad de los diestros, ni todas esas cosas de las que tan bien saben hablar y escribir los técnicos, el día señalado para la fiesta se adorna con luces nuevas. Y vocean a más pelado grito los aguadores y las aguadoras a la puerta del ritual re-

A VISTA DE TENDIDO

cinto. Y reluce más la calle de Alcalá, cantada por los flamenco-taurinos «caracoles». Y en esas tertulias de los colmaos, donde el asiento del chato y de la caña deja su redondeo húmedo sobre la madera del mostrador, como la impronta el sello, el tatuaje redondo de lo taurino —anillos, barreras, sombreros anchos, vueltas entre ovaciones, sortijas de puros...—, se habla con más fiebre y hay más «ábalas» y más conjeturas.

«El quinto es un pavo de aúpa», seguía diciendo el anunciador en el curso de la corrida del domingo. Pero la gente estaba a la expectativa del mano a mano, a la mano derecha de Pepe Martín, a la mano izquierda de Pepe Luis. «¡Toreros de papel, muñequitos de cartón!», gritaba el decepcionado. Pero cuando Pepe Martín arrancaba la primera ovación de la tarde con el capote a la espalda, el público aplaudía, diciendo por lo bajo: «A ver si se anima el otro...» Y una media verónica ceñida atizaba el fuego de las esperanzas.

No se querían ver ni las coladas, ni los hachazos del segundo toro. Pasó el tercero, ciego y loco, ya corneado en los corrales, y el tercero bis, el de Aleas, donde el comentario de la faena apuntaba a veces: «Este Pepe Luis se va pareciendo a Pepe Luis». Todo concluyó con un «se ha tirado bien a matar». Pero en el fondo, el ansia del «pique», del mano a mano, seguía latiendo. Y se creyó que las banderillas, de lucimiento indudable, de Martín Vázquez iban a ser la clásica «mecha que prende el polvorín». ¡Ay! Pero el cuarto se fué de mala manera.

El espectador, que había asistido al apartado, estaba muy satisfecho cuando el quinto toro, el pavo de aúpa, puso espanto sobre la arena. Y como a pesar de los anhelos del público no había tercio de quites, se empezó a pedir la intervención del sobresaliente. El mano a mano se rompía, reclamaba la injerencia de tercero. La forzada vuelta al ruedo de Pepe Luis deslucíase con el estridor de los silbidos. Yo creo que quienes aplaudían eran los partidarios del mano a mano; sí, los que esperaban con esa ovación acicatear el coraje de Pepe Martín para la faena del sexto.

Pero llegó la cogida y el susto correspondiente, y aunque, en efecto, había nacido el duelo de las verónicas, el espectador del 2 pudo seguir diciendo lo del «pavo de aúpa» y otras lindezas semejantes. Y luego el desconcierto de los descabellos finales, y la furia contra el viento, y el dolor del costado...

Sin embargo, puede extraerse de todo una consecuencia clara: quíerese o no, en la esperanza del mano a mano, en la emulación y competencia del mano a mano, reside una de las claves de nuestra gran fiesta, llena de «antis» por esencia, presencia y potencia: el lidiador y el toro, el sol y la sombra, y, sobre todo, los adversarios y los partidarios, los que aplauden y los que silban a los mocitos andaluces con bichos de Ruseñada, o a los toreros de cualquier parte con reses de cualquier ganadería.

ALFREDO MARQUERIE



DEL MAYO TRAGICO

EN EL QUINTO ANIVERSARIO DE PASCUALILLO MARQUEZ

Las personalidades artística y física de Pascual Márquez las tuve siempre desdibujadas y borrosas. Era el verano de 1939, en San Sebastián, exactamente el día 23 de agosto, cuando al llegar al mediodía a la tertulia taurina del Choko, me encontré a Antonio Pérez-Tabernero en compañía de un desconocido para mí: un muchacho recio, de aspecto insignificante en relación a como antes se entendía un tipo torero. Al sentarme, el ganadero salmantino, en vista de que no me saludaba con su acompañante, me preguntó:

—¿No se conocen ustedes? Es Pascual Márquez...

Al día siguiente, al descender del coche en Bilbao, frente al Arriaga, estreché la mano de uno que me saludaba sonriente y cordial. Y ya tuve que hacer memoria: era Pascual Márquez otra vez.

Decididamente, no se me «pegaba» la figura de Pascualillo fuera del ruedo. Y añadiré que en las Plazas le vi muy poco. Aquel año de 1939, terminación triunfal de nuestra Liberación, me había asustado con un valor de los que le tienen a uno en un ¡ay! en la corrida de Pascua, en Sevilla; y volvió a asustarme en una de las corridas donostiaras con temeridad todavía más insegura. Y luego...

En mayo de 1941 había presenciado yo en Madrid las corridas de San Isidro, con interesantes combinaciones formadas con Marcial, Pepe Bienvenida, Pericás y Pepe Luis Vázquez, más una novillada con Antoñito Bienvenida, de cuyo arte tanto se hablaba y a quien tenía grandes deseos de ver. Al salir de esa novillada del 16, un cartel en la puerta grande me incitó a demorar el regreso a mi ciudad, que ya tenía decidido. Se anunciaba un festejo modestísimo, con Fernando Domínguez, Rafaelito Vega de los Reyes y Pascual Márquez. De los toros se decía por los enterados que era una corrida pasada y de libras, no al uso, de la Viuda de Concha y Sierra. Y me quedé en Madrid para «definir» de una vez a Pascual Márquez, a quien habían llamado «el Tesoro de la Isla», y que ya iba quedando para corridas o carteles como el que veía anunciando allí.

El tiempo se puso de uñas contra la mediocre combinación, y salió un día de domingo amenazador, de ventarrón antitorero, como para añadir «alicientes» al cartel. Por anticipado podía asegurarse que no veríamos nada aquella tarde. ¿Nada? Para mí me reservaba la mala suerte de presenciar la primera cogida de muerte de un profesional, a los treinta y tantos años de asistir a los espectáculos taurinos y exactamente a la corrida número 1.027 de las que tengo registradas, fecha a fecha, como presenciadas en mi vida.

La «fiesta» se desarrollaba mal. El

viento y la corrida vieja no permitían valerosos arranques a los dos primeras espadas. Pero salió el tercer toro, Farolero, número 52, cárdeno, no aparatoso de cabeza, pero sí de respetable trapío, y a él se dirigió en seguida Pascualillo, provisto de su indomable valor en lucha con el viento y con el descenso de categoría que se le presentaba. Esto es: salía a luchar contra viento y marea. Y se paró con el toro —con el buey—, y al tercer lance le descubrió el viento, le ganó la ventaja el de la Viuda, y aunque la cogida no fué aparatosa, sí fué de las que dan con precisión la importancia de la cornada. Pascualillo había sido calado en serio y por el pecho.

De la enfermería no salían los médicos. La cura era laboriosa.

Por el graderío se formaba el rumor de las cogidas graves y se preguntaba con avidez a todo el que pudiera anticipar noticias de la enfermería. Se tenía por seguro que la cornada era grande, como hacía presumir la sangre que algunos veían o adivinaban en uno de los cuernos de Farolero. Isaac Fernández Rincón, «taurino» conocido, apoderado de toreros, me alargó unos prismáticos que a él le habían dejado.

—¿Ve usted? Lleva el cuerno ensangrentado.

Yo no vi nada, o no quise ver. Farolero, cometida su hazaña a traición, con su colaborador el viento, ya no quiso pelea cara a cara. Y por suerte para la historia de la fiesta, recibió el baldón de las banderillas de fuego, que sonaron a disparos de fusilamiento. Hubiera sido demasiado para un toro criminal que hubiera merecido elogios por su bravura.

Luego, día a día, había que seguir con interés las noticias sobre el estado del valeroso espada de Villamanrique. En alguna ocasión el vislumbre de una imaginada mejoría nos hizo concebir esperanzas. ¿Sería posible que el muchachote fuerte que resistía horas y días con aquel tremendo cornalón saliera triunfante del empeño? No pudo ser. A los doce días, el 30 de mayo, mes florido y hermoso para la literatura y los poetas, mes fatídico para tantas figuras de la fiesta, se dió por terminada la tragedia y acabó con la vida del que había sido héroe de los sevillanos y había marcado de nuevo el camino de la Plaza y de la afición a los que se habían separado de ellos. Los periódicos del día 31 anunciaron: «Pascual Márquez falleció ayer, a las cuatro menos cuarto de la madrugada».

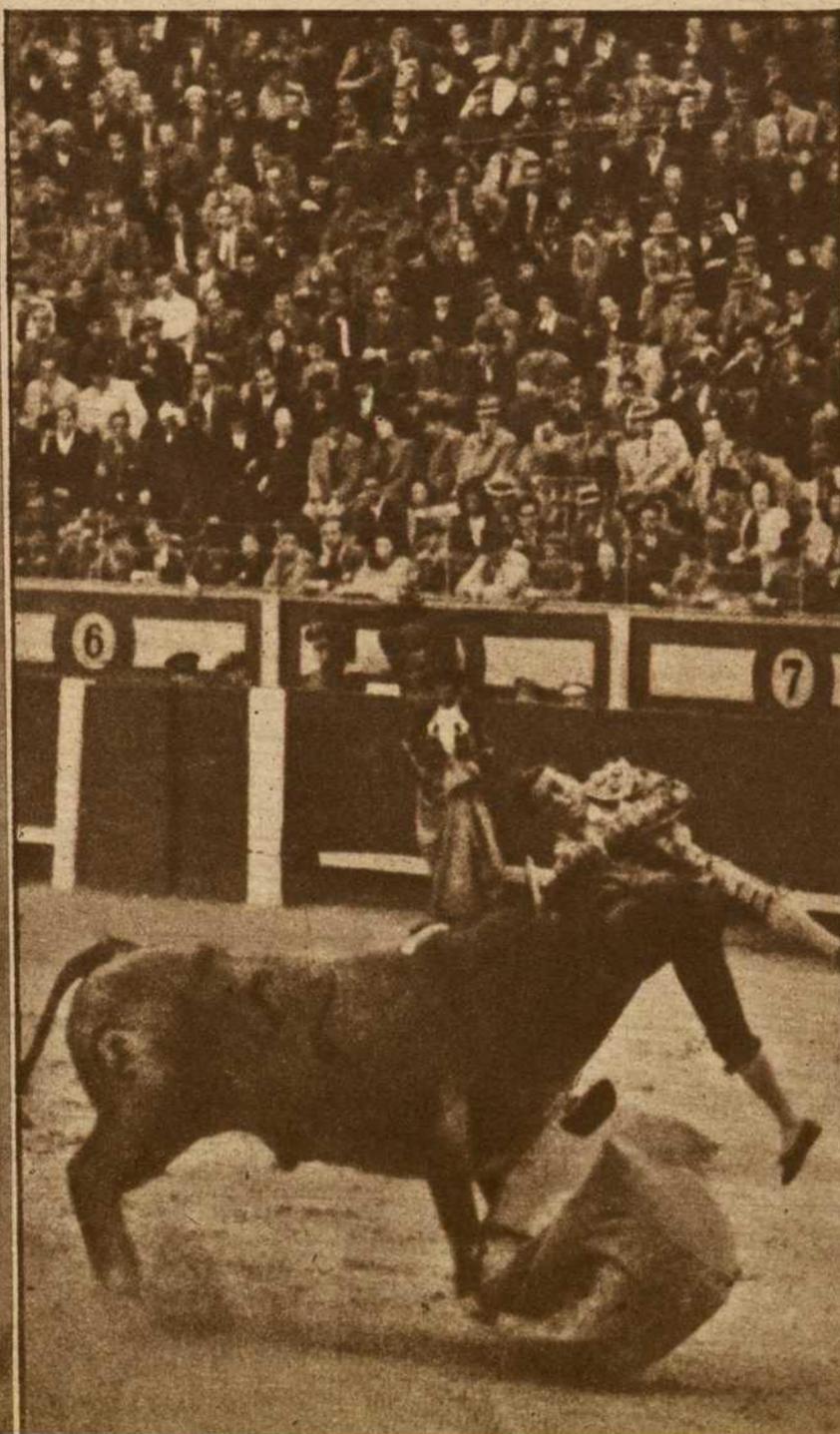
Hizo falta esta mala suerte mía para que la figura que se me ofrecía desdibujada y borrosa se me quedase ya con trazos firmes y seguros para siempre en mi memoria: con cara de dolor y angustia, partido el pecho, dirigiéndose por su pie hasta la barrera del 7, donde le recogieron las asistencias, en una tarde desahucada, incapaz para la lidia, en una tarde que presagiaba muerte. El 18 de mayo de 1941. Cinco años hace ya, y tengo, como entonces, la trágica estampa delante.

Como sonriente esquivaría la presencia de la Muerte cuando, esperando, prometía:

—Podré torear el día del Corpus en Sevilla, y luego en Madrid otra vez, pero «con toros».

La realidad demostraba que era mucho pedir. Por una vez en su vida, en trance de dejarla, Pascualillo Márquez dejaba de ser «modesto».

Momento de la mortal cogida de Pascual Márquez en la Plaza de Madrid



DON INDALECIO

EL HIJO DE GAONA

No le dejaron ser torero y se ha hecho dibujante

de echar un capotazo. Hasta que mi padre se dio cuenta y me mandó a Nueva York. Me obligó a estudiar y me hice profesor mercantil y aprendí dibujo. Ya, tengo veintiocho años, ni puedo ser otra cosa, ni quiero ser más que dibujante.

Rodolfo Gaona saca un lapicero y en cuatro líneas, con un personalísimo estilo, traza unas figuras en un papel. Dibujante seguro y original. En sus figuras, hombres y mujeres, toda la expresión está en una originalísima técnica de pintar los ojos; los dos ojos juntos.

—¿Y torear? ¿No has toreado nunca?

—Sí; he toreado. Bastantes veces. Siempre en becerradas benéficas. Dicen que no lo hago mal.

—¿Te ha visto torear tu padre?

Quisiera quedarse aquí y ganarse la vida con su oficio

Ha venido a España a resolver asuntos económicos

AQUEL chiquillo moreno, menudo, que correteaba por la playa de la Concha donostiarra cuando Rodolfo Gaona, su padre, pasó la última temporada en España —1925—, es hoy un mozo fuerte, atlético, macizo, que abre los ojos ampliamente para meter por ellos al Madrid en que nació hace veintiocho años. Cuando su padre peleaba con los toros y con la trastienda de los toros, en luchas que podrían servir de guión a la más apasionante comedia de celuloide.

El que fué famoso torero mejicano se había casado en España con una actriz: Carmen Moragas. Duró poco el matrimonio, que fué roto con intervención de abogados y procuradores. Gaona tuvo que depositar unos cientos de miles de pesetas cuyos intereses cobraría, mientras viviera, Carmen Ruiz Moragas. Y se estipuló que si el torero moría antes que la actriz, ésta recogería para sí el dinero en depósito, y si ella era quien moría antes, las pesetas volvían a Gaona.

Este se casó luego, y ha hecho un nuevo hogar. Muerta Carmen Moragas, el depósito —situado en un Banco de San Sebastián— está ya a disposición de Rodolfo Gaona.

Su hijo —Rodolfo también— ha venido con poderes notariales para resolver ese asunto económico.

Hemos hablado con él. Recuerdos de hace un cuarto de siglo son conocidos del mozo.

—Mi padre —dice— no sabe hablar más que de España.

—Tú —le preguntamos—, ¿no has querido ser torero?

—No deseé otra cosa. A los diez años, en cuanto podía, ya andaba buscando ocasión



El hijo de Gaona con Maera de Tarancón y sus tíos a su llegada a España

—Sí. Y eso era siempre lo malo. Era siempre a disgusto suyo. Pero una vez que salía, era él quien me obligaba a arrimarme.

—Para hacer el mamarracho —me decía— y para tener miedo, haberte quedado en casa.

—¿Vas a estar mucho tiempo en España?

El chico de Gaona contesta rápido:

—Sí. Quisiera quedarme aquí. Pero no quiero vivir de los pesos que mi padre me mande. Voy a dibujar, a ganarme la vida con mi oficio. No olvide usted que yo soy de Madrid y que es verdad lo que tantas veces he oído a mi padre: no hay nada en el mundo como España.

Hablamos luego del famoso torero.

—¿Y tu padre...? ¿Torea algunas veces...?

—Hasta hace dos años, con frecuencia tomaba parte en tentaderos y encerronas.

—¿Te gustaba verle torear?

—¿Que si me gustaba?... Comi padre torea, no lo ha hecho nadie. No sé el amor propio que pondría cuando era torero; pero en las encerronas donde yo le he visto daba la sensación de ser un novillero celoso y se la jugaba con arrojo enorme. Ahora ya no torea ni en esas fiestas íntimas.

—Los años que van pasando... —le decimos.

—¡Si le oyera mi padre!... Tiene cincuenta y cinco años y el pelo blanco. Pero se considera tan joven, y lo es, como cuando se vestía de luces.

—¿Cómo ha sido este año la temporada de Méjico?

—Ha habido mucha pasión. Manolete ha despertado una rivalidad enorme. Los toreros españoles han ocupado un lugar principal. Los de Méjico han sostenido la competencia. Silverio, con sus desigualdades; Armillita, Garza, y, sobre todo, Fermín Rivera, que ha sido el único que

cortó orejas en los dos toros de una tarde.

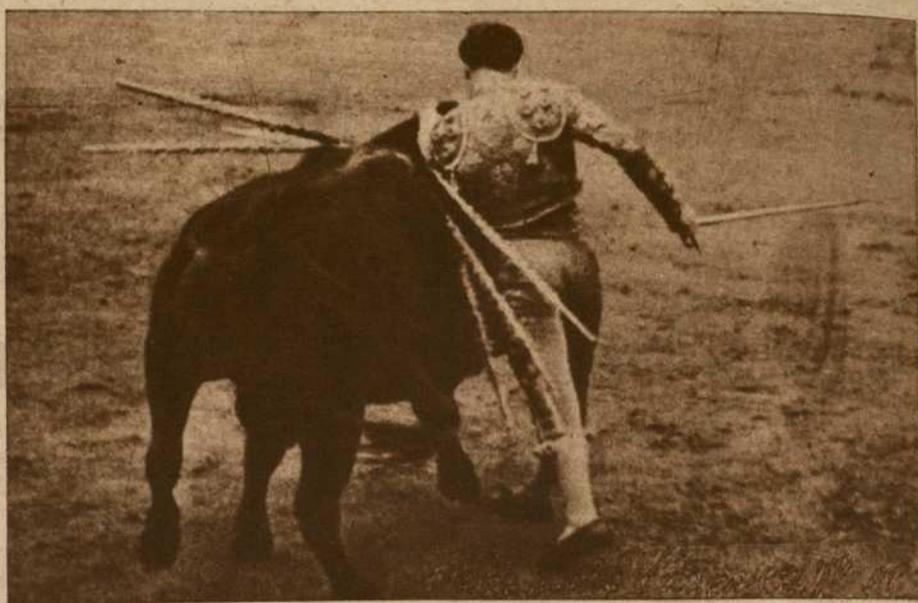
Mientras charlamos, el hijo de Gaona no cesa de trazar dibujos. Su padre, él, Maera... Cuatro rasgos, y, en los ojos, dibujados juntos, de cada figura, una expresión maravillosa de acierto.

No le dejaron ser torero y Rodolfo Gaona se ha hecho dibujante.

El hijo del diestro de San León de las Aldamas trae al dibujo algo de la finura, de la elegancia y de la precisión que su padre paseó del brazo por todos los ruedos españoles. Lo trae a España, donde nació.

ALFREDO R. ANTIGÜEDAD

EL GESTO DE UN TORERO



LOS estilos se imponen, avalados por los gestos de aquellas figuras que en determinado momento, para ellas primordial, arriesgan su prestigio en una tarde. Pepe Luis Vázquez tuvo el domingo ese gesto de gran torero, de maestro consciente de la responsabilidad que contrae el despachar una corrida que podía deshacer anteriores triunfos conquistados en determinadas Plazas. Madrid reclamaba la presencia del maestro sevillano y él se puso al servicio de la afición madrileña.

Fué un grandioso gesto, que sólo es capaz de realizar quien sabe defender con dignidad un nombre y un arte. Pepe Luis no es el torero de una temporada ni cifra sus ambiciones económicas en torno a un año de triunfos. El diestro de San Ber-



nardo, por su dominio y majestuosidad, es eterno. Su nombre ha de recorrer en triunfo los ruedos de España y Méjico durante muchos años.

¡Pepe Luis, qué buen torero!

Era la frase de admiración que sonaba en boca de los veinte mil espectadores que presenciaban el domingo las monumentales faenas del artista sevillano en el ruedo de las Ventas.

Arte, pundonor profesional. Gestos y alegría. Todo esto tuvo el domingo en Madrid, aparte de su triunfo clamoroso.

La historia dirá en su día las grandes cualidades de Pepe Luis Vázquez, porque es un torero largo, para muchos años, y sabe superarse en cada faena y en cada temporada. Y el gesto del domingo ha de repetirlo en el futuro.

HABLAN LOS AFICIONADOS SEVILLANOS

ENRIQUE GARCIA OVIEDO

cuenta la gloria y la tragedia del «gallismo»

ENRIQUE García Oviedo posee el secreto y la gracia del "gallismo", la actitud apasionada más honda y dramática que se conoce en el arte y la historia del toro. ¿Quién podría describir aquel tiempo colérico, encrespado, fabuloso, de anécdotas sabrosas, impresionantes y humanísimas? El "gallismo" —que surgió contra el "bombismo", nacido en torno a Ricardo Torres, el torero de la sonrisa complaciente y alegre— fue, sobre todo, un movimiento taurino de orden y categoría estética. Lo demás es la ganga, como en los flujos minerales. La pura

corriente iba por dentro y estaba llena de aquella genial transparencia que Rafael el Gallo había infundido, genialísimo, a sus seguidores...

Enrique García Oviedo —este sevillano amable, inteligente y en cuya gráfica expresión se recoge y contiene la mejor y más pura historia torera de Sevilla— tiene el secreto y la fábula —fábula por su lujo emotivo, fábula por su maravilla pictórica— de aquel encañado y combativo "gallismo" al que Rafael agitaba, desde sus genialidades en los ruedos, sobre el incendio vivo de la juventud y el ensueño.

—El "gallismo" —nos ha ido contando García Oviedo— tenía su sede en el café Royal en sus pisos altos, frente a la calle Cerrajería. Todas las noches había reuniones, a las que concurrían

Las figuras más notables de toda la vida sevillana, entre las que estaban —prestigiándolo— don Félix Urcola, don José González Nandín y don Antonio Romero Baletot, procedentes los tres del bando esparterista. Es curiosa esta proyección del esparterismo hacia los grupos que seguían a Rafael el Gallo. Seguidores de un torero dramático, como Manuel García, buscaron en Rafael la chispa genial y colorista de la magia y del toro iluminado.

—Yo fui entonces, así me lo llamaban —dice García Oviedo—, el jefe de la juventud "gallista". Recuerdo que había empezado por entonces mi afición taurina y que sólo había conocido varias temporadas en la eclosión de Moreno de Alcalá y Curro Vázquez. Yo entré en el "gallismo" con toda mi fuerza. En el fondo, me animaban dos razones: mis gustos artísticos, que encajaban exactamente en la pinturería incopiable de Rafael, y mi rebeldía juvenil, acalorada, desbordante, vivísima. Nos reuníamos varios muchachos sevillanos y teníamos nuestro sitio fijo en la Plaza. A veces, lo pasábamos muy mal. Rafael no era siempre condescendiente con lo que nosotros presumíamos en la localidad, y sus "malas faenas" nos valían la ira y las broncas del público en masa. Aquellas competencias tenían raíces entrañables. Quien no lo haya conocido no puede comprenderlo. Hablar de Rafael —en el Royal— era un verdadero culto. Recuerdo una vez... Y Enrique García Oviedo nos cuenta —graciosamente, con un relieve puro de narración fidelísima e intransferible— cómo un gallista echó a otro en cara una pequeña debilidad que éste había sufrido, y que le fue combatida rigurosamente como uno de los mayores delitos que pudiera cometer: ¡había aplaudido a Bienvenida!

Es decir, había sido infiel al recuerdo del maestro... En otra ocasión, un tren especial fue organizado en Sevilla para llevar aficionados a la feria de Jerez. Toreaba Rafael, y los andenes de Ultera estaban abarrotados. Cuando el tren renovó su marcha, el mozo de la estación dijo con su voz habitual: "¡Señores "gallistas", al tren!" Era naturalísimo entonces...

Preguntamos a Enrique García Oviedo por alguna anécdota reveladora del espíritu desinteresado y generoso del maestro, de su carácter íntimo, de su elegancia moral. El famoso "gallista" sevillano nos dice:

—El año 15 se habían terminado las reformas de

la Maestranza. Fue una Comisión de caballeros maestrantes a visitar a Rafael el Gallo a su casa. Querían conseguir de él que brindase el primer toro —que era en la corrida homenaje a la Maestranza—, el primero de la tarde, al palco de los maestrantes. Rafael aceptó gustoso, y cuando le preguntaron qué obsequio le agradaría recibir de los maestrantes, Rafael exclamó con toda su alma y toda sencillez: "Apuntarme de maestrante." Se le hizo ver que no podía "apuntarse", y le explicaron cómo se poseía el rango de miembro de la Orden, y Rafael, ya enterado, repuso: "Bueno, pues entonces dadme un escudo de la Maestranza." Y se le entregó de brillantes. En otra ocasión —sigue contándonos García Oviedo, con una precisión y una riqueza de palabra y sabor que no caben en la crónica—, y ésta muy reciente, se llamó a Rafael al despacho de la Plaza de Toros de Sevilla, porque don Eduardo Pages quería hacerle entrega de 5.000 pesetas para que Rafael se diese el gusto

de gastárselas de golpe y a su capricho antes de liquidarse el beneficio de su corrida homenaje. Rafael acudió con el Lillo —su secretario, como se le llama en Sevilla—, y al ver las 5.000 pesetas, lanzó una fuente de humo de su puro y le dijo, con aire abstraído, a Pages: "Haga usted el favor de ingresármelo." "Pero, ¿dónde?", se le preguntó al Lillo. Y éste, asombrado —como todos—, dijo: "No sé. Porque el maestro no tiene cuenta en ningún Banco." Y a pesar de ello, Rafael siguió diciendo: "Eso, ingresármelo." Y no se las llevó...

Volvamos al tiempo de las competencias entre "gallistas" y "bombistas".

Enrique García Oviedo —un libro extraordinario necesitaría— nos dice cómo eran los telegramas que en el "gallinero" se recibían de Antonio el del Luná, que era el mozo de espadas de Rafael.

Pero dejemos que sea el mismo quien lo diga:

—Cuando se decía: "Rafael, el delirio", era la verdad; cuando se decía: "Rafael, coloso", eran palmas; "Rafael, superior", eran pitos; muchos más pitos si decía: "Rafael, bien"; "Rafael, regulá", en las broncas y con un aviso, y si se decía: "Rafael, des-



Enrique García Oviedo



Enrique García Oviedo charlando con nuestro redactor Paco Montero al pie de la Torre del Oro

grasiao", era la bronca insuperable y gloriosísima. Los toros, al corral; la Guardia civil... Ya le digo: insuperable. Bueno...

García Oviedo se detiene un segundo y acaba así:

—Bueno... Pues un día nos llegó un telegrama de Antonio donde se decía textualmente: "Rafael, desgracia primero; segundo, ya te contaré." ¿Qué pasaría en aquel toro? Todavía no lo hemos sabido.

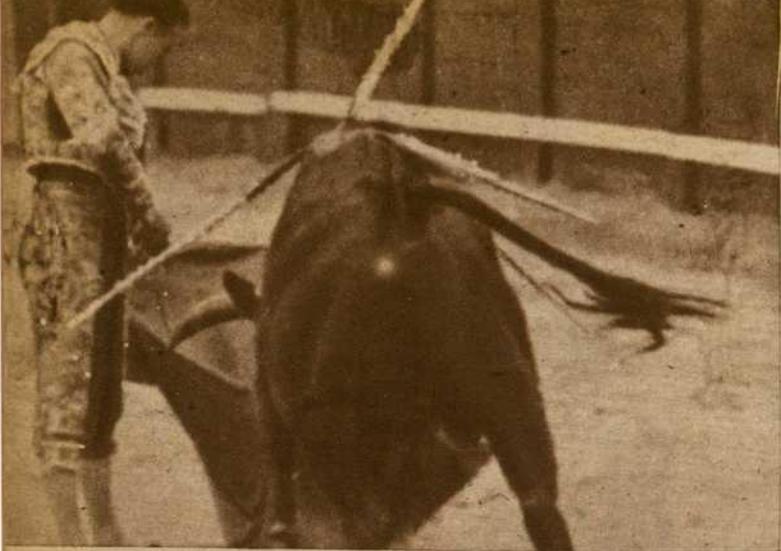
Después de todo esto, ¿para qué hablar del toro actual? Se ha perdido la originalidad, la gracia, la inventiva, la pasión. Ya no quedan tertulias así, con personalidades relevantes, con discusiones intransigentes, con apasionados que se molestan porque otros "aplauden a Bienvenida". Todo aquello pasó al camino profundo del recuerdo, donde están las mejores alegrías, las evocaciones turilantes y fabulosas. De vez en vez tan sólo, puede uno encontrarse, en un recodo de Sevilla, con un espíritu así, como el de Enrique García Oviedo —sutil, gran narrador, elegante, de historia sevillana—, y de un golpe, de pincelada en pincelada, entre una lluvia incopiable de imágenes y recuerdos, surge una época entera, genial —¡qué duda hay!—, como aquella en que Rafael el Gallo con una mano hundía su arte y con la otra esculpía sobre oros inertes el movimiento escultórico de su lance o de sus pares al trapecio. De su arte de finas esencias, que con él se irán por "el otro misterio", como Rafael le llama al último minuto de la vida.

PACO MONTERO



Enrique García Oviedo presenciando una corrida en la Plaza de la Maestranza (Fotos Arenas)

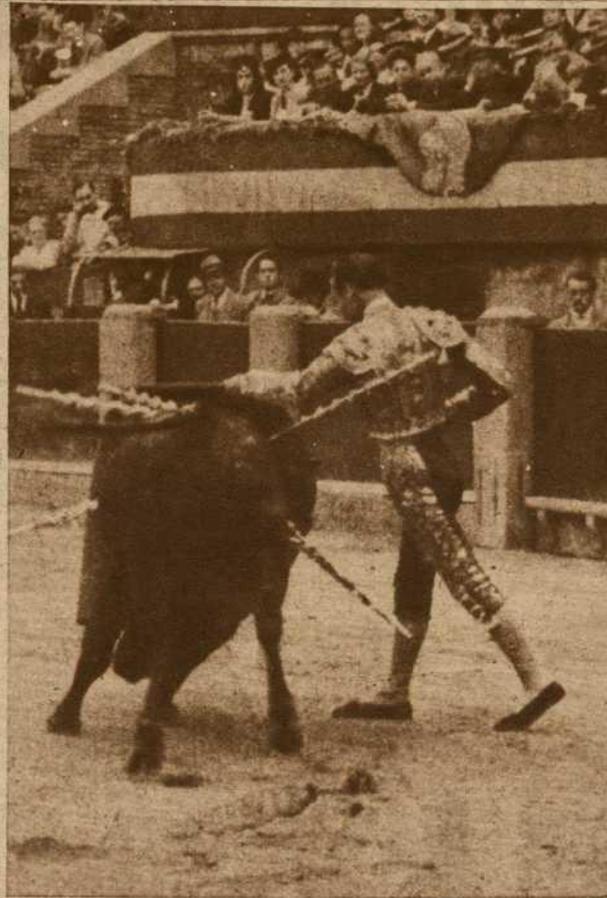
LAS CORRIDAS



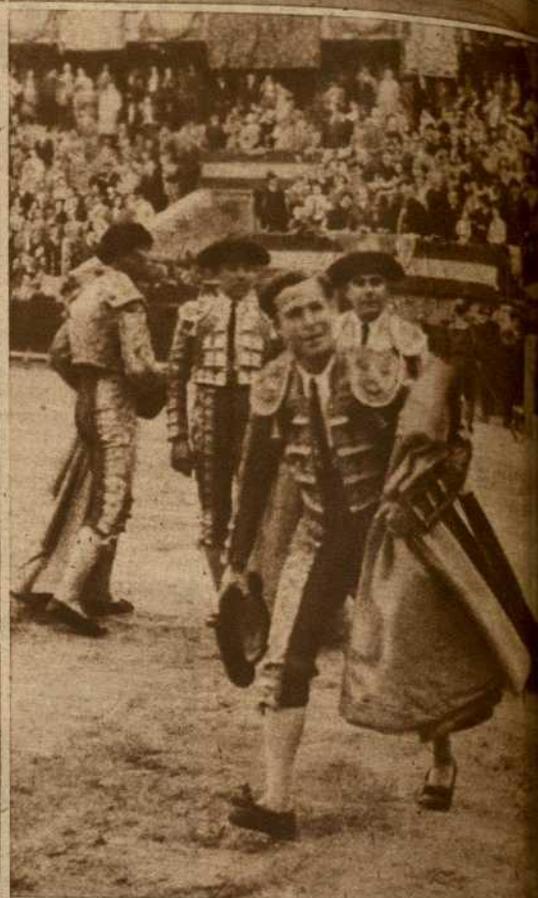
Pepe Luis Vázquez en un natural al toro que cortó las orejas



Pepin en un natural. — Abajo: Antonio Bienvenida torea a la veronica al toro que cortó la oreja



Ortega en un pase de pecho en la primera corrida



Pepe Luis, después de cortar la oreja, da la vuelta al ruedo

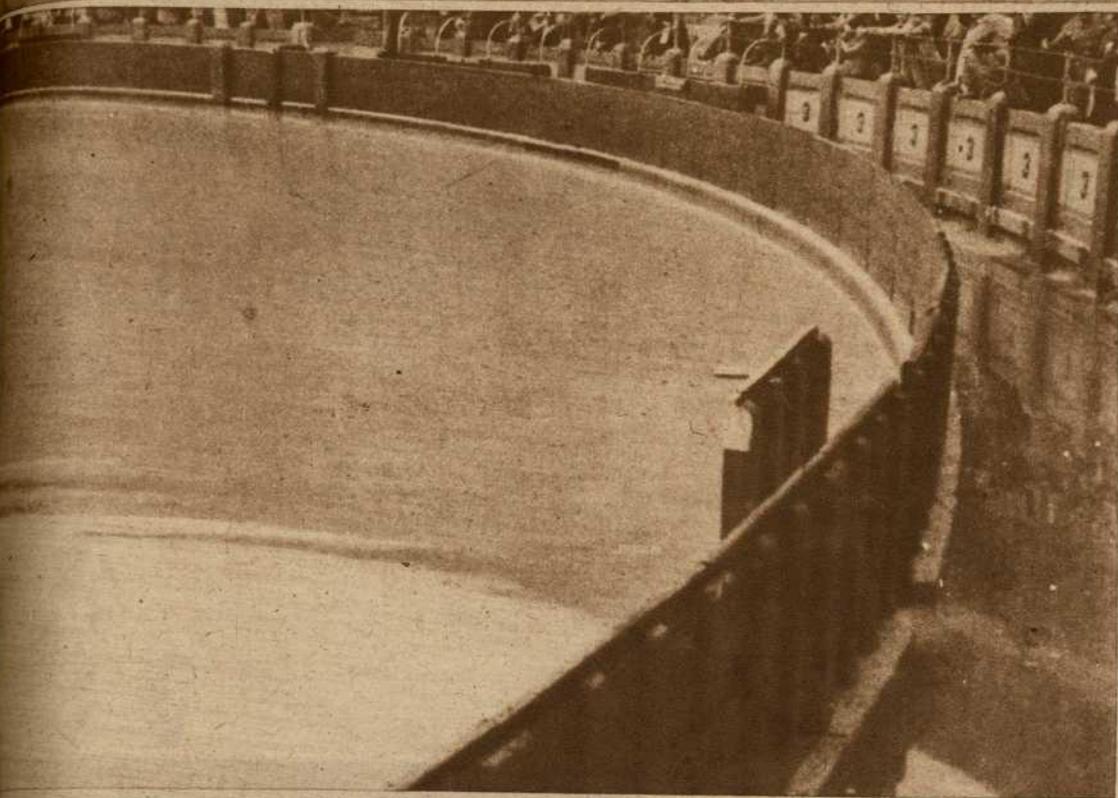


Un aficionado inglés que llegó a Zaragoza en un taxi aéreo para presenciar la corrida

Antes de comenzar el festejo desfilaron en coche por el ruedo las bellezas que más tarde habían de presidir la corrida. (Fots. Marín Chivite)



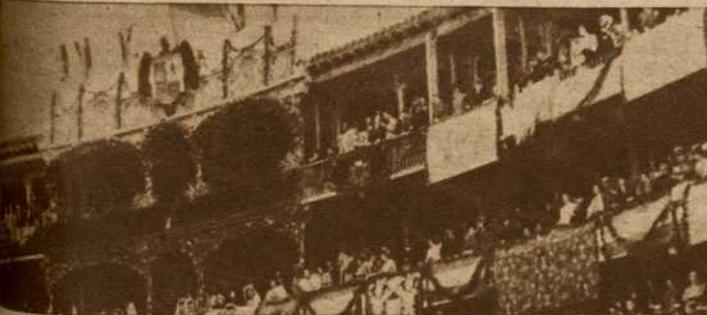
DE ZARAGOZA



Estado en que se encontraba el ruedo al ser suspendida la corrida el domingo por la tarde.



Belmonte brindando uno de sus toros al inglés que llegó a Zaragoza en avión para ver la corrida.



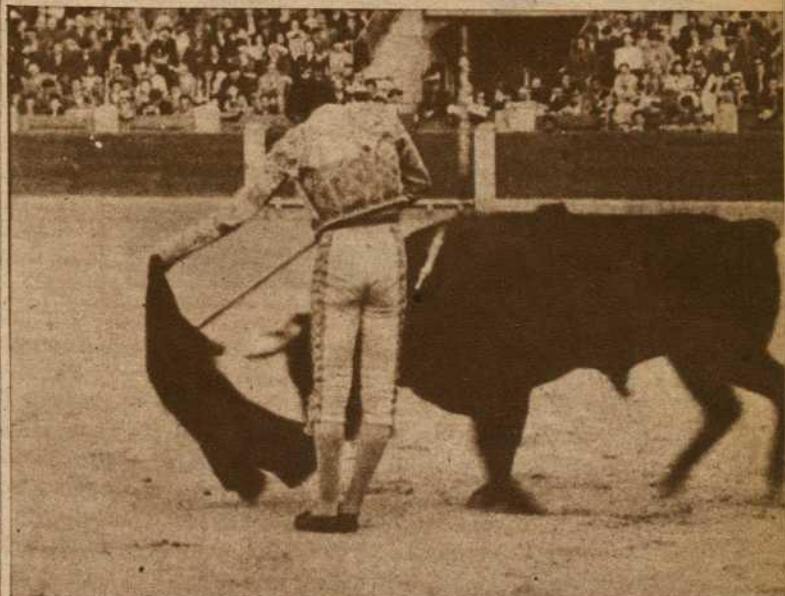
Vista de los palcos de la Plaza de Zaragoza durante la corrida de Beneficencia.



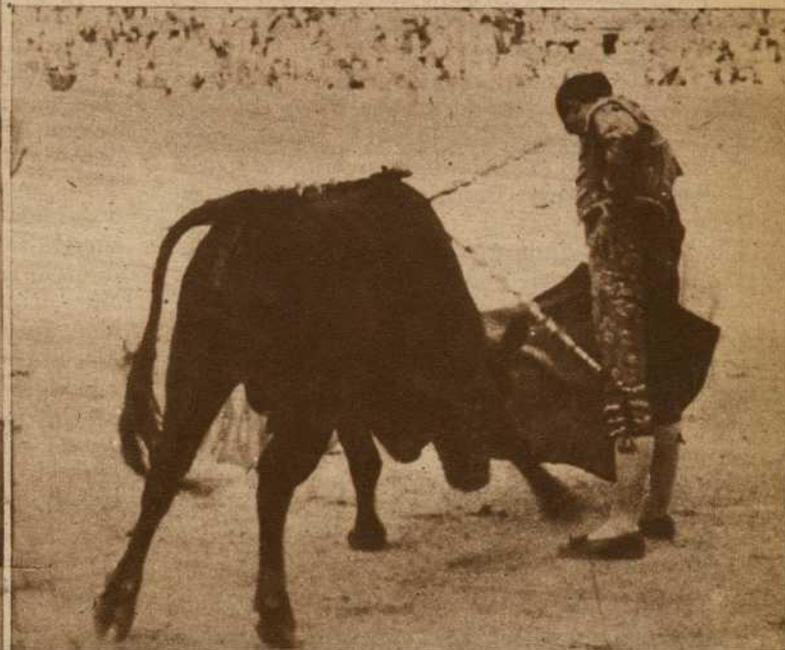
Calesero en un pase por bajo con la derecha.



Belmonte, que tuvo una buena tarde, en una manoletina.

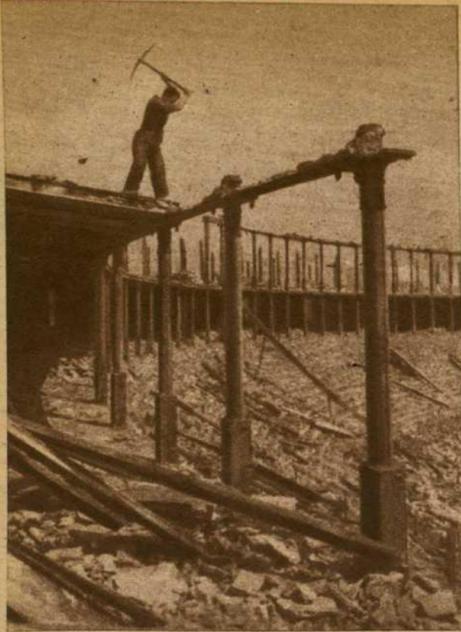


Arriba: Armillita en un natural. — Abajo: El madrileño Parrita en un pase natural a su segundo.



Antes de la corrida de toros, las señoritas que presidieron la corrida goyesca desfilan por el ruedo. A la derecha, el conocido aficionado Paco Urzáiz.





«Al ver como la piqueta destruye la vieja Plaza de Toros de la Barceloneta...»

El tiempo, al llevarse las horas de la vida, arrebata también la remembranza de muchas cosas que se borran en la lejanía crepuscular; pero a veces, merced a cualquier suceso, nos acordamos de pronto de ciertos episodios que ocuparon un día nuestro espíritu. Entonces, aquellos viejos fantasmas reviven bruscamente y con ellos vuelven momentos del pasado perdido que creíamos muertos, los cuales revierten con su atmósfera pretérita, sus toreros desaparecidos, su belleza ya arcaica y todo cuanto adornó los claros días de las primaveras que se fueron para no volver.

Tal ocurre hoy, al ver cómo la piqueta demolidora destruye la vieja Plaza de toros de la Barceloneta, la primera que se erigió en la Ciudad Condal y en la que se encerraba toda la historia taurina barcelonesa del siglo XIX.

¿Quién, en nuestro caso, no sentiría la emoción de trazar unas líneas, a guisa de partida de defunción, de un circo taurino que tuvo tanta aura vital durante la pasada centuria y parte de la presente?

En su construcción presidió una idea caritativa; arbitrar recursos con que sostener a los asilados de la Casa de Caridad. Esta benéfica institución obtuvo en 3 de marzo de 1827 una Real cédula de Fernando VII, en virtud de la cual le fué concedido permiso para verificar corridas de toros, cuyos productos habrían de destinarse al mencionado fin; pero

en el mismo año estalló en Cataluña la guerra llamada de los *Malcontents* o *Agraviados*, y aquellas luchas civiles y la era de enconos políticos que sucedió a las mismas impidieron de momento que el proyecto se realizase, hasta que, muerto el citado monarca, creyó la Casa de Caridad llegada la ocasión de realizar el proyecto, a cuyo propósito destinó los terrenos que poseía en las afueras de lo que fué Puerta del Mar.

El 22 de mayo de 1834 firmaron los contratistas la escritura correspondiente, comprometiéndose a llevar a cabo la construcción del inmueble; dirigió las obras el arquitecto de la Academia de San Fernando, don José Fontseré y Domenech, y como a los dos meses estaban casi terminadas, la Plaza pudo inaugurarse el día 26 de julio del mismo año.

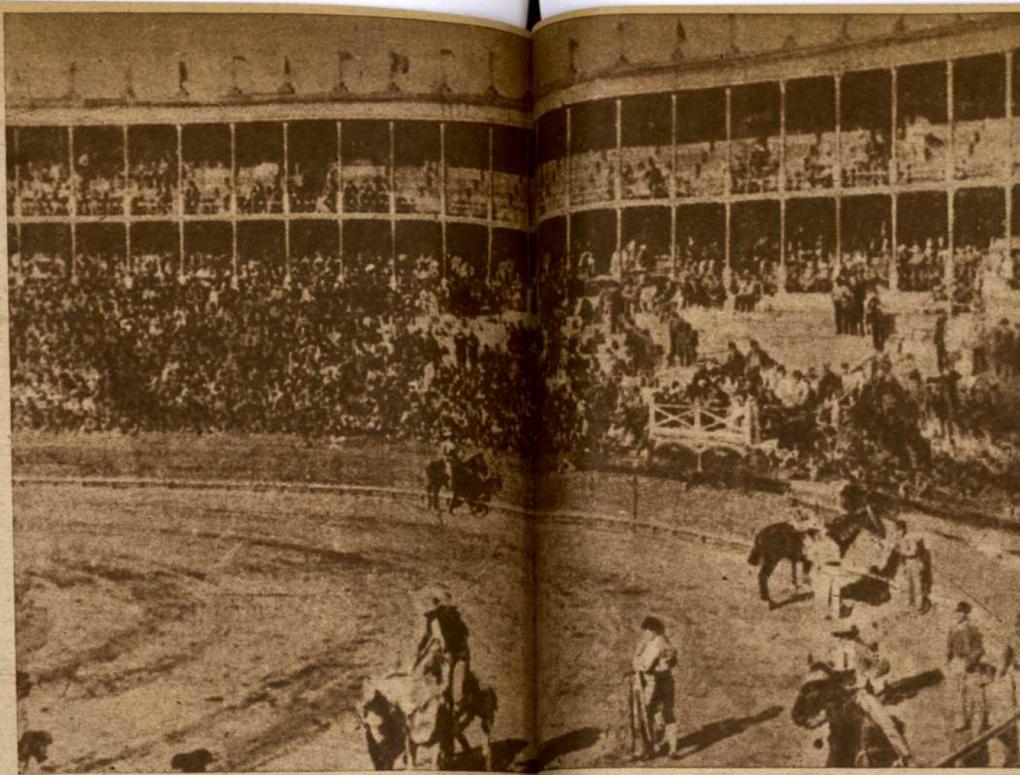
Posteriormente, en 1857, 1871 y 1875, se introdujeron importantes reformas, y finalmente, en 1888 —el año de la Exposición Universal—, se completó la obra de fábrica del edificio sustituyendo la parte alta, que era de madera, con pared de ladrillos, y al mismo tiempo se hicieron bóvedas resistentes y se colocaron columnas y barandillas de hierro.

Para su inauguración se anunciaron tres corridas de toros, que habrían de celebrarse en los días 25, 26 y 27 de julio del preitado año 1834; mas por orden gubernativa no se dió la primera hasta el mentado día 26. Los espadas fueron Juan Hidalgo y Manuel Romero Carreto, y el primer toro que se lidió pertenecía a la ganadería navarra de don Javier de Guendulain, la cual pasó más tarde a la casa de Carriquiri, después a la del conde de Espoz y Mina, y últimamente, a los Cobaleda, de Salamanca.

El mayor atractivo de aquellas corridas —escribimos en *El Día Gráfico* de Barcelona al celebrarse el centenario de tal Plaza— lo constituyó el célebre picador Francisco Sevilla, que fué contratado personalmente para tomar parte en ellas, cuyo diestro salió de Madrid el 18 de aquel mes de julio en un coche de las Reales Diligencias, utilizado también por la condesa de Montijo y sus dos hijas, Paquita y Eugenia, niñas de nueve y ocho años, respectivamente, quienes, andando el tiempo, habrían de ser: la primera, duquesa de Alba, y la segunda, emperatriz de Francia, las cuales se dirigían a París huyendo del azote del cólera que invadía a Madrid y efectuaban el viaje por Zaragoza y Barcelona porque no era posible hacerlo por la frontera de Irún a causa de la guerra carlista. Al llegar los viajeros a la capital catalana tenían que someterse a cuarentena por venir de una zona infestada, y como Francisco Sevilla fuese relevado de tal obligación, porque de lo contrario no hubiese podido trabajar, se negó resueltamente a aceptar dicha excepción, expresándose así:

—Si esta señora (por la de Montijo) y mis demás acompañantes no son admitidos a libre práctica, yo no picaré.

Se hizo, pues, extensivo a todos los viajeros el permiso de entrada en la ciudad, y



Vista interior de la antigua Plaza de Toros de la Barceloneta

UNA PLAZA DE TOROS QUE DESAPARECE

El ruedo de la Barceloneta ha acabado su historia taurina

Se había inaugurado el 26 de julio de 1834

merced a la gentileza del célebre picador pudo seguir su viaje a Francia, acompañada de sus hijas, la que dieciocho años después fué suegra de Napoleón III.

Inaugurada la Plaza se dieron cinco corridas más en 1834, todas con éxito creciente, hasta que en la verificada el 25 de julio de 1835 —en la que tomaron parte Manuel Romero y Rafael Pérez de Guzmán— se produjo una alteración del orden público que sirvió de pre-

texto para que las turbas, dueñas de la ciudad, asaltasen los conventos de frailes y dieran muerte a muchos de ellos.

Fundándose la autoridad en aquellos trágicos sucesos, por haberse iniciado en la Plaza de Toros como si fuese un motivo de haber sido mansos los toros que se lidiaron, decretó la clausura de dicho circo taurino y durante estuvo durante tres lustros, pues no se celebró

corrida alguna hasta el 29 de junio de 1850, en cuya fecha se verificó la reapertura para que el Chiclanero y Salamanquino dieran muerte a varios toros aragoneses y navarros.

La Plaza siguió funcionando durante todo el resto del siglo XIX, excepto en los años 1851, 1854 y 1865, a causa de atravesarse críticas circunstancias, y en buena parte de la presente centuria funcionó simultáneamente con alguna de las otras dos Plazas, la de las Arenas y la Monumental.

Por su ruedo desfilaron, desde dicho Chiclanero hasta Reverte, todas las grandes figuras del siglo anterior, y tenía una cabida de 12.000 almas.

Rica en episodios era la Plaza del barrio marítimo de la Barceloneta, de los cuales vamos a dar un breve índice:

El 24 de octubre de 1852 se lidió el toro Tizón, de Torre y Rauri, que tomó 35 puyazos.

El 14 de noviembre de 1858 toreó el Tato por primera vez en Barcelona.

El 12 de junio de 1864 tomó la alternativa Pedro Aixela, Peroy, primer matador de toros catalán.

El 7 de junio de 1868 toreó Cúcharos por última vez.

El 25 de julio de 1875 hizo lo propio Cayetano Sanz.

El 30 de mayo de 1878 se lidió el toro de bandera Famoso, de Carriquiri, que tomó 31 varas y mató diez caballos.

Otro toro de bandera, Huracán, del conde de la Patilla, lidiado el 24 de septiembre de 1883, mató nueve jamelgos.

Mazzantini toreó por primera vez el 31 de agosto de 1884, y el Espartero el 9 de septiembre de 1886.

El 17 de mayo de 1888 toreó Frascuelo su última corrida, en la cual resultó herido por el toro Galeote, cogida que fué de larga curación.

El 1 de septiembre de 1889 le fué perdonada la vida al toro Culebro, de Ferrer, res que en el ruedo reconoció al mayoral, Serafín Grego, y se dejó encerrar por éste.

El 15 de mayo de 1892 hizo Reverte su presentación.

Lagartijo se despidió el 21 de mayo de 1893; Caravandía, el 23 de septiembre de 1894; Fernando el Gallo, el 25 de octubre de 1896; y Chicorro, el 29 de octubre de 1899.

Con fecha 14 de abril de 1895 saltó al tendido el toro Molinero, de Ripamillán, a cuyo estado dan algunos el nombre de Comisario por error.

El 24 de abril de 1898, Reverte y Algabeno, en una corrida memorable, produjeron un entusiasmo indescriptible.

Guerrita toreó por última vez el 24 de junio de 1899, en cuya ocasión, el toro Cojete-ro, de Miura, infligió una gravísima cornada a Bombita (Emilio).

La lista sería interminable.

En dicha Plaza tomaron la alternativa los siguientes diestros: el citado Peroy, en 1864; Frascuelo, en 1867; Manchao, en 1889; Jerezano, en 1899; Torquito (Serafín), en 1912; Arequipeno, en 1920, y el mejicano José Flores, en 1923.



La antigua Plaza de la Barceloneta se está convirtiendo en un montón informe de materiales de derribo.

También tiene crónica negra, pues su historia registra las siguientes víctimas del toreo: el aficionado alemán Paul Wandersahen, en una becerrada, el 15 de junio de 1881; Rafael Bejarano, La Pasera, puntillero de Lagartijo, el 6 de mayo de 1883; el picador José Sevilla, el 12 de abril de 1896; el novillero Juan Ripoll, Juanerillo, el 27 de marzo de 1898, y el también novillero Eduardo Arehavaleta, Chavacha, el 9 de marzo de 1913.

El último espectáculo que en ella se celebró fué el 23 de septiembre de 1923, consistente en una novillada con seis bichos de Hidalgo, dos de ellos rejoneados por un tal Faroles y cuatro estoqueados por Alcalareño II y Nacional Chico. Ha permanecido, pues, cerrada veintitrés años.

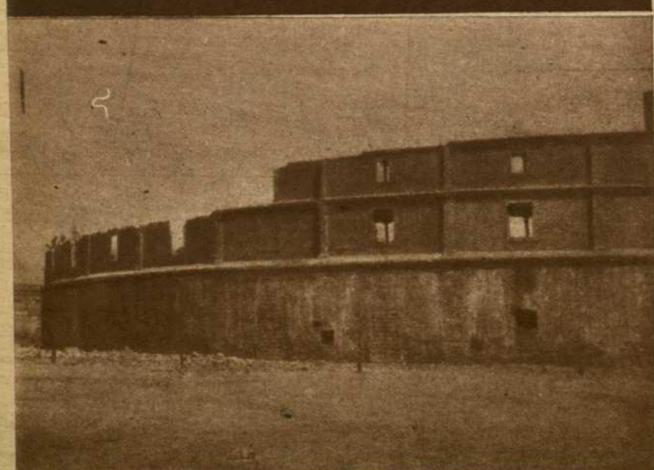
Ciento doce son los que ha durado, y aunque parecía abrazada a la costra terrestre con ansias de eternidad y ha desafiado en soledad absoluta, pesivamente, la acción del tiempo durante cerca de cinco lustros, le ha llegado su fin.

Ahora, al contemplar sus muros deshechos, hemos recordado aquellos versos de la inmortal composición de Rodrigo Caro:

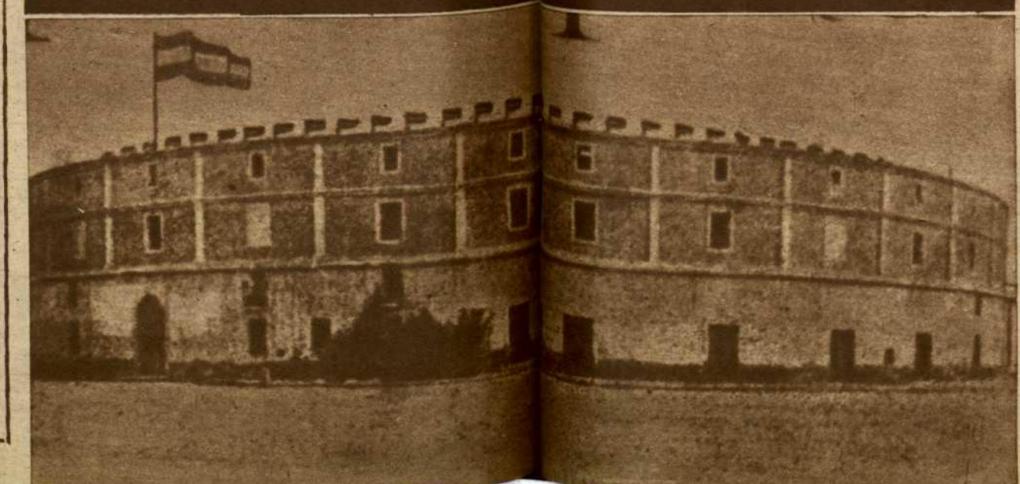
«Todo desapareció; cambió la suerte
voces alegres en silencio mudo...»

DON VENTURA

«Al contemplar sus muros deshechos...»



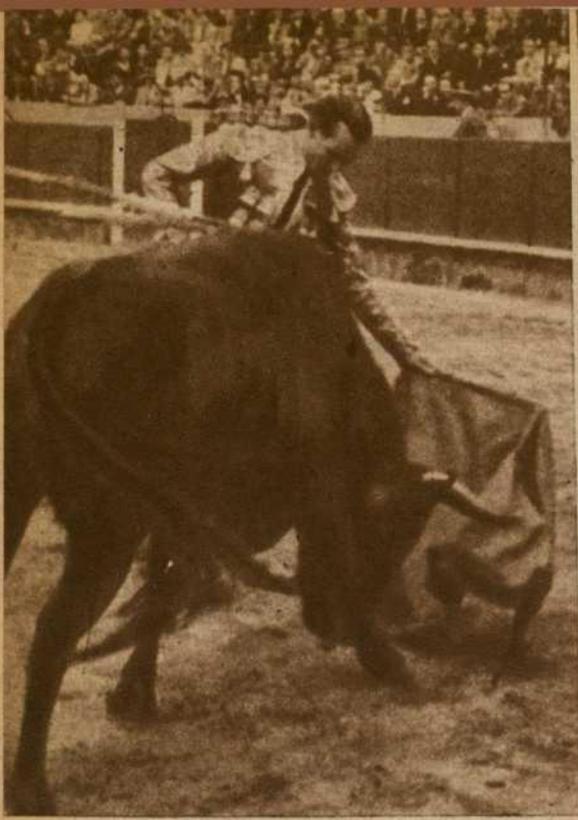
Aspecto exterior de la antigua Plaza de la Barceloneta



«Todo desapareció; cambió la suerte voces alegres en silencio mudo...»



LAS CORRIDAS



Domingo Ortega toreando al natural a su segundo toro

CARTEL DE BARCELONA

ORTEGA, ANTONIO BIENVENIDA Y PARRITA



Antonio Bienvenida, Parrita y Ortega, dispuestos para hacer el paseillo



Un aficionado «torista» muestra una gran pancarta en la que se alude al toro



Parrita en un estatuero.—Abajo: Antonio Bienvenida perfilándose para matar



El banderillero Mieheln torea con estilo a una mano

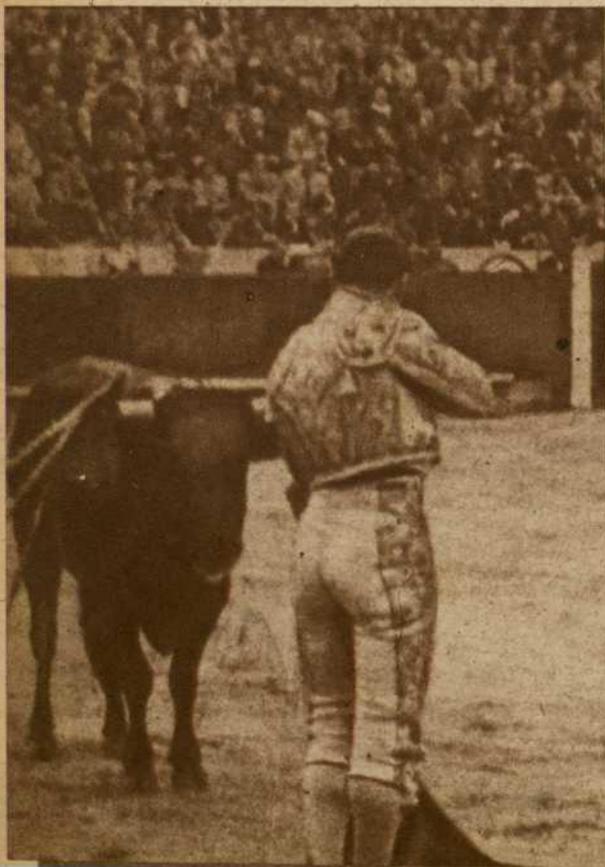


Jaén banderilleando en su turno (Fots. Vallés)

CARTEL DE LA MAESTRANZA

Manuel Perea, Boni, Manuel Rojas, y Niño de la Palma, hijo, antes de comenzar el festejo

El Niño de la Palma se resintió de una antigua lesión que le impidió continuar la lidia



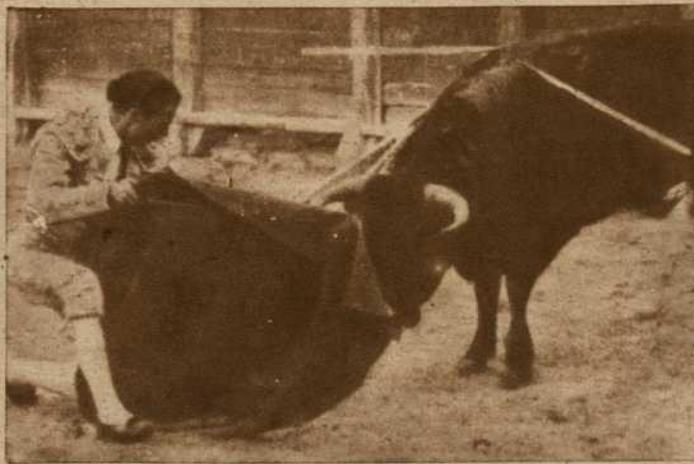
SO EL DOMINGO

ORIHUELA

DOMINGO, PEPE y LUIS MIGUEL DOMINGUIN



Gobernador de Alicante, a quien impuso la Medalla de Orihuela el alcalde, acompañados del obispo y de Dominguin y sus tres hijos



Pepe Dominguin, que tuvo una gran tarde, cortando orejas y rabo en sus dos toros, torea de rodillas a su segundo, enemigo, junto a las tablas



Después de la lidia del tercer toro, los tres hermanos salieron al centro del ruedo, en compañía de su padre, a recibir las ovaciones del público

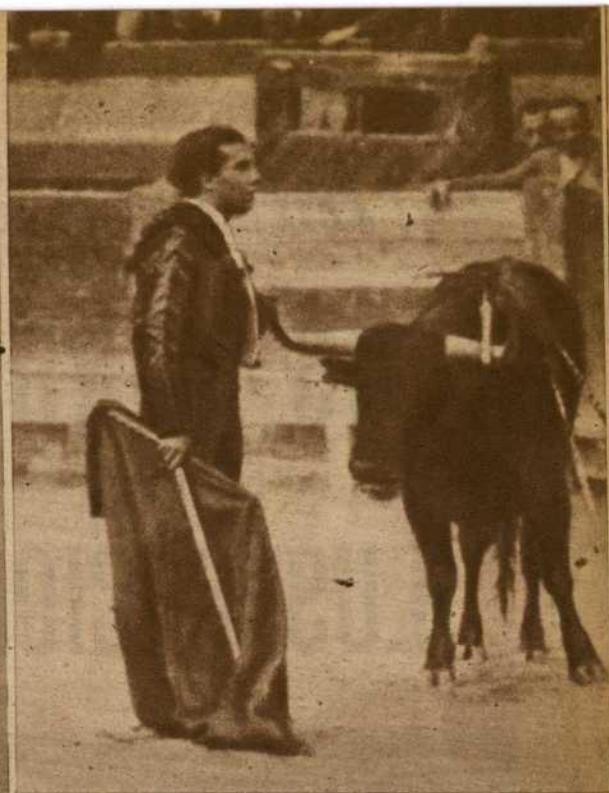
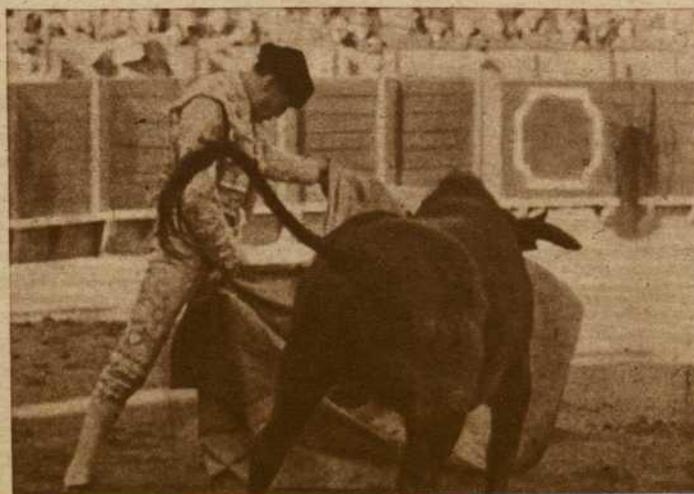


Pepe, Luis Miguel y Domingo, en la puerta de cuadrillas, dispuestos para hacer el pasillo, en la corrida que el domingo se celebró en Orihuela a beneficio de los damnificados

ÑÑO DE LA PALMA, hijo; MANUEL PEREA, ONI, y MANUEL ROJAS

Momento de la cogida que sufrió Manuel Perea, y que afortunadamente no tuvo consecuencias

Manuel Rojas torea de capa en su turno (Fotos Luis Arenas)



Domingo Dominguin adornándose en el primero de sus toros



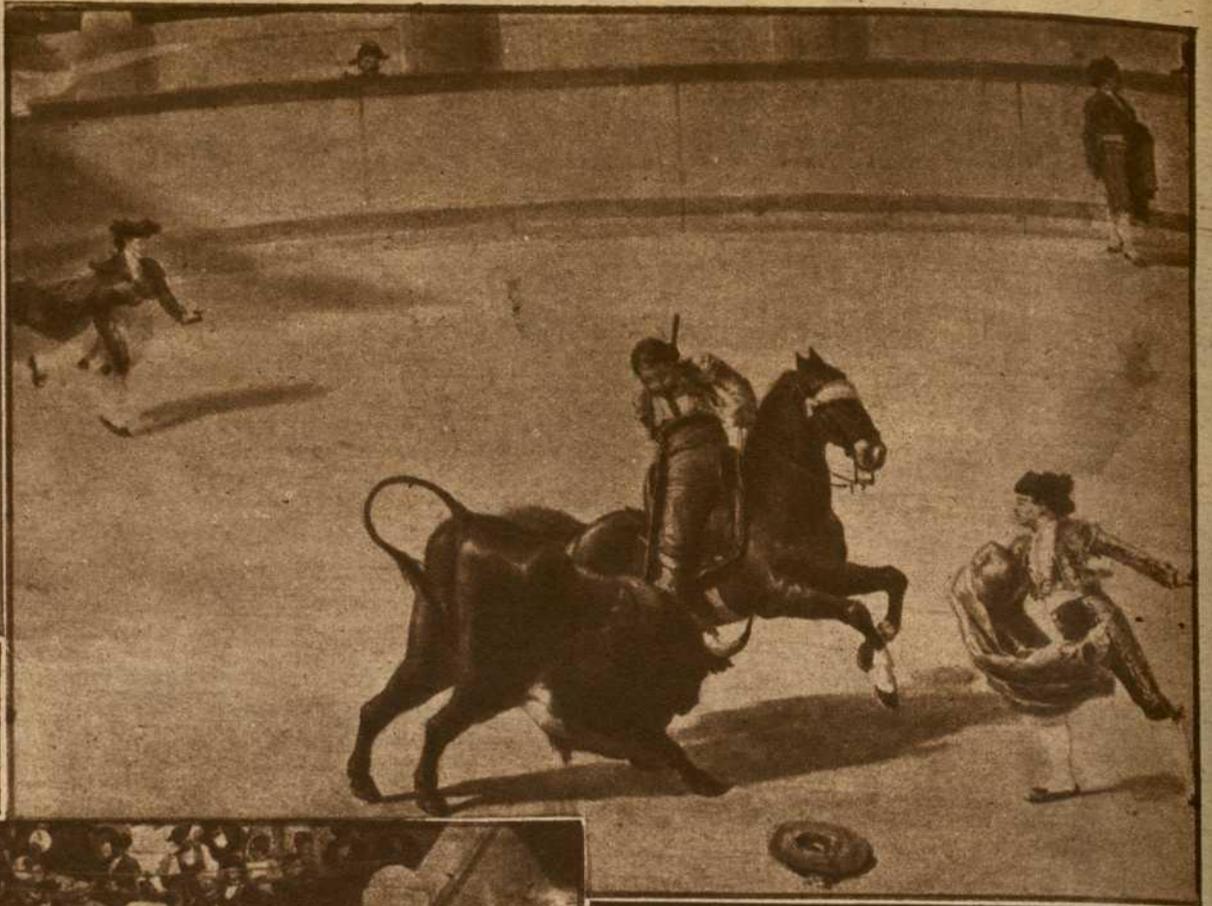
Luis Miguel en un buen derechazo y sacado en hombros por los aficionados (Fots. Mari)



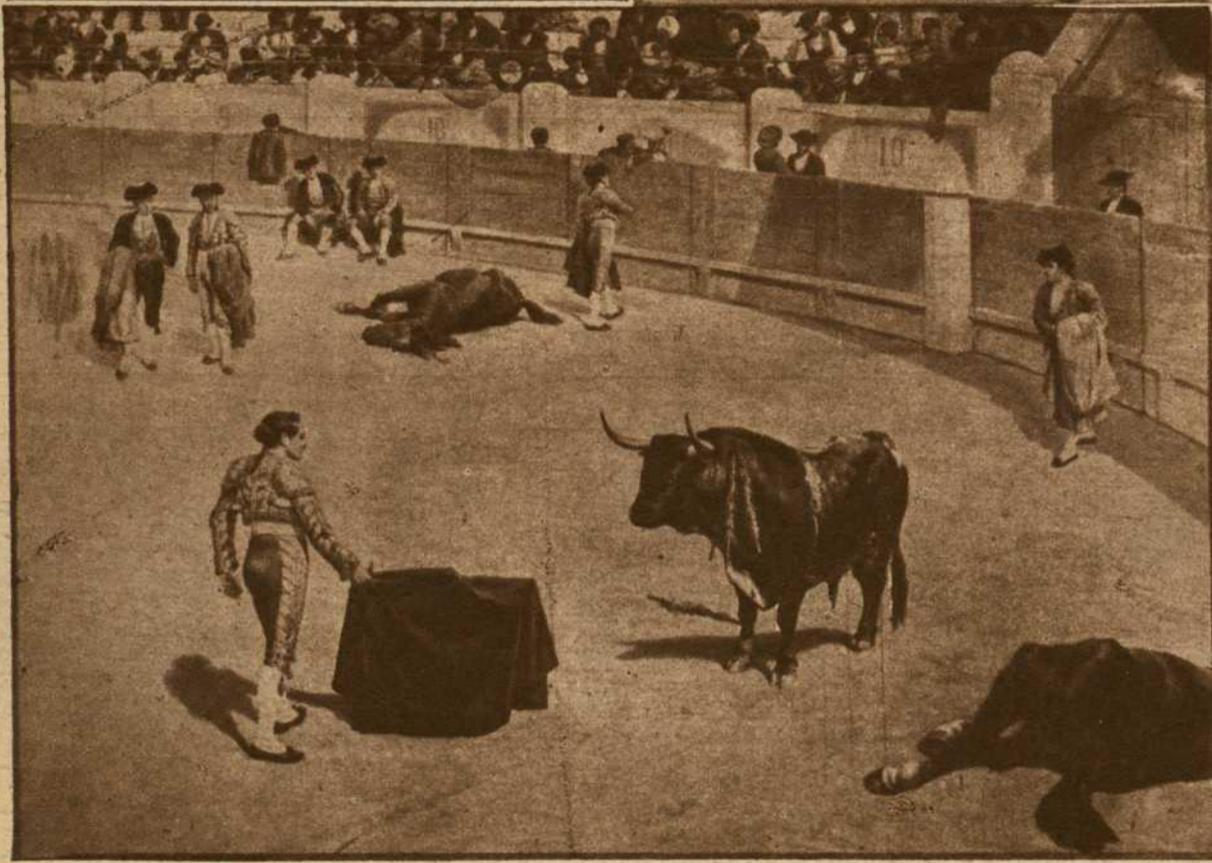
EL ARTE Y LOS TOROS

LOS TOROS EN LA ILUSTRACION

«Pase de muleta», dechado de perfección ilustrativa, tal vez demasiado meticulosa y detallista, graciosa de conjunto y habilísima de ejecución, que puede servir de modelo por sumaestría en el dibujo



«Picador en suerte», ilustración al óleo, característica del siglo XIX, de sobria pincelada, que refleja un momento afortunado de esta bella manifestación gráfica



CORRIA el inmediato y discutido siglo XIX, cuando en las Artes Gráficas la ilustración adquiere su máximo apogeo. El libro, deleite del espíritu, manifestación pública y a la vez privativa de la cultura nacional, halla en la ilustración su más bella y decorativa forma expositiva. No hay edición bella sin sus correspondientes páginas ilustrativas. Desde los viejos códices miniados, tiene el libro su modo plástico de expresar las ideas, y los dibujantes y pintores más sobresalientes aportan su concepción artística al mejor logro de la riqueza editorial y bibliográfica.

La Prensa, por otro lado, la más popular manifestación de la idea y de la actualidad, no ignora que la óptica tiene en la hoja impresa su más fiel colaborador, y, atenta al interés de sus lectores y sujeta a las exigencias del momento, prodiga, por la mano experta de sus colaboradores artísticos, el dibujo, manteniendo así una floreciente y enaltecedora tradición. La fotografía, enemiga acérrima del grabado, su más injusto detractor, no ha adquirido todavía, por la rapidez, veracidad y economía, el auge que tiene en estos tiempos, y las revistas y diarios, prendidos en el encanto subyugador de un romanticismo espiritualista más cercano a los vales nostálgicos de Suces que al pistolazo suicida de

Werther, se entregan por completo a su más fiel colaborador, que ha sido, es y será el arte. «La Ilustración Española y Americana», «La Ilustración Artística», de Barcelona; «Blanco y Negro», etc., llevan en sus páginas, tan inolvidables como encantadoras, muestras del talento de nuestros más famosos ilustradores. Lozano Sidro, Méndez Bringa, Huertas, Regidor, Varela de Seijas... Va acabando el siglo, mientras nuestro sol atlántico empalidece y se va perdiendo en el confín. Vuelven nuestros soldados de Cuba y Filipinas, y España ríe en el «Madrid Cómico», en «La Tomasa» y en tantos periódicos festivos que mantienen jocosamente el humorismo —trágico en aquellos momentos, cual la célebre risa del payaso—, tal vez como muestra o ejecutoria de un pueblo alegre y confiado, que se siente siempre feliz. En este ambiente, posible a toda manifestación optimista del espíritu, viven y prosperan tres dibujantes que han conseguido la aprobación entusiasta del público. Son dinámicos, inquietos, activos y polifacéticos, y se llaman Perea, Chaves y Lizcano. Los tres son excelentes ilustradores dibujantes, y alguno, como Lizcano, meritísimo pintor. Es aquél un Madrid que sueña con las obras de la tan anunciada «Gran Vía», que va en «rippert» y toma horchata, limón o agua, de cebada en los agua-huehos

del Salón del Prado o en los jardines, ya públicos, del Buen Retiro, junto al teatro Felipe, de Ducacal. Es el Madrid de «La verbena», de «El barbero de Lavapiés» y de «La revoltosa»; el Madrid de la juventud de Sinesio Delgado y de Taboada, de Cilla, Xaudaró y Pérez Zúñiga, de Perrín y Palacios, de Vital Aza... Todavía hace furor «La Lidia». La dirige hábilmente Perea, y es el cartel más castizo y popular que pregona las excelcitudes raciales de la fiesta nacional. Está en auge —ya se ha dicho— la ilustración, y los dibujantes todos, con apasionamiento y verdadera fiebre creadora, se entregan sin reservas a esa bella manera de concebir y expresar la emoción. Perea dibuja tanto y tan seguro en el tema taurino, que asombra ver la profusión y minuciosidad de sus trabajos en «La Lidia», y alentado por el éxito, siempre creciente, de su labor, los consejos y su propia iniciativa, lanza a la imprenta sus célebres «Álbumes», de feliz recordación, y José Chaves Ortiz, enamorado del asunto y coincidente de la misma idea, publica en «Anales del toreo» seis formidables láminas, que alientan y estimulan la continuación, y otras veinte láminas, excelentes, deliciosas y pintorescas, vienen a formar, en síntesis admirable de los toros, el álbum «Fiesta española», que es la más grata y simpática apología de nuestro llamativo y artístico espectáculo. Son en sí estos álbumes ilustrativos como refrendo del entusiasmo público por las corridas de toros; son como la exaltación entusiasta y enervorizada de los dibujantes de aquel tiempo, que no son ajenos al latente entusiasmo popular. Pero, ¡ay!, los avances evolucionistas del nuevo siglo que empieza imponen sus adelantos. La ilustración casi agoniza; va muriendo poco a poco, porque aceleradamente hace progresos la fotografía. El dibujo se difumina y surge el objetivo, para el que el arte —en la Prensa— es muy relativo.

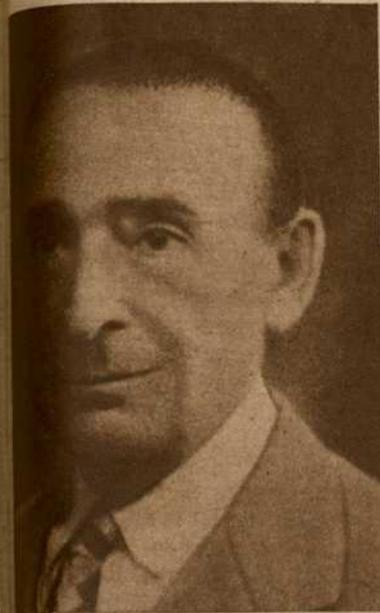
De aquellos tiempos pasados, de aquellos días florecientes y magníficos del dibujo, con sus costumbres adecuadas, que no volverán, nos queda la ilustración, que siempre tendrá, con su valor indiscutible y preciadísimo, el grato perfume evocador de las cosas viejas; tal vez por eso más doblemente apreciables.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

ANGEL TORRES DEL ALAMO

¡Vió a Reverte dar la vuelta al ruedo, después de echarle un toro al corral

Curiosos detalles y anécdotas de otros tiempos



—¿Cuánto tiempo hace que va usted a los toros?

—Desde 1885. Es decir, desde que tenía cinco años y me llevaba mi abuelo a la Plaza vieja.

Estamos con este veterano, madrileñísimo y de las obras estrenadas Torres del Alamo, y me las ocho últimas, escritas después de la muerte de su entrañable amigo y compañero en el trabajo, fueron creadas por ambos, entre ellas *El brillo de los caireles*, comedia torera del principio al fin, que se estrenó en 1915 en el teatro de la Comedia que alcanzó un triunfo extraordinario.

Aunque hubiera sido mala, la compañía que había era tan buena, que la hubiera llevado a buen puerto. Como que cada uno de aquellos artistas era decora de cartel. Figúrese en el mismo reparto a Manuel González, Juan Bonafé, Pedro Zorrilla, Alberto Romea, Mariano Asquerino, Riquelme... Y de Mercedes Pérez de Vargas, la hermana de Mercedes, Carmen Muñoz Gar... Todas las noches, que era el mozo de estoques de Gaona, iba a vestir a Manolo González el traje de luces y le daba los capotes del diestro mejicano para que en cada representación sacara uno de ellos... En Barcelona la estrenó la compañía Planas-Llano, y los cartones anunciadores, de los que guardo alguno como recuerdo, eran como los de las corridas de toros... Ahora estoy terminando con Pepe Tellaheche *Los niños de Juan Molina*, que es también una obra completamente taurina... Pero, ¿qué me había usted preguntado?

—Hablabamos de la antigüedad de su afición.

—Muy antigua. Como que yo alcancé a ver a Frasuelo. Por cierto, que fui muy amigo de un nieto suyo, un día en que éste hablaba del modo de matar de Salvador Sánchez, le dije yo: «Tu abuelo mataba y me puse como se ponía Frasuelo, que entraba de frente a aquellos toros, ¡a aquellos toros!»

—Temibles, ¿no?

—De un poder pavoroso. Yo vi a uno de aquellos capotes que se lidiaban antes sacar de cuajo la cabeza de arrastre y lanzarla a cinco metros de alto. Eso, en los tiempos de Frasuelo y Lagartijo no había falta coger al toro del cuerno para obligarle a pasar. No hacía falta. A Lagartijo le vi en una corrida del Montepío Comercial. Estaba de asistente en la presidencia y ya se había retirado de la profesión; pero se tiró al ruedo y puso un par de banderillas estupendo... Llevo muchos años, muchos, en la Plaza. Vi la muerte del Espartero. Entonces tendría yo trece o catorce años. Y fui muy amigo de Mazzantini. Como cosa curiosa, puedo decirle que en su casa no había ningún detalle torero; su despacho podía ser el de un diputado, un notario, un ingeniero... Cualquiera cosa, menos el de un torero...

—¿Qué famosa hazaña dejó en usted más impresión?

—Una que no se me olvidará. Ocurrió una tarde en que Reverte y Bonarillo, novilleros todavía, alternaban juntos. Reverte terminó un quite quedándose de rodillas y de espaldas al toro. Entonces fué Bonarillo, extendió el capote entre el toro y Reverte y se acostó sobre él.

—¿Sí que es fuerte la cosa.

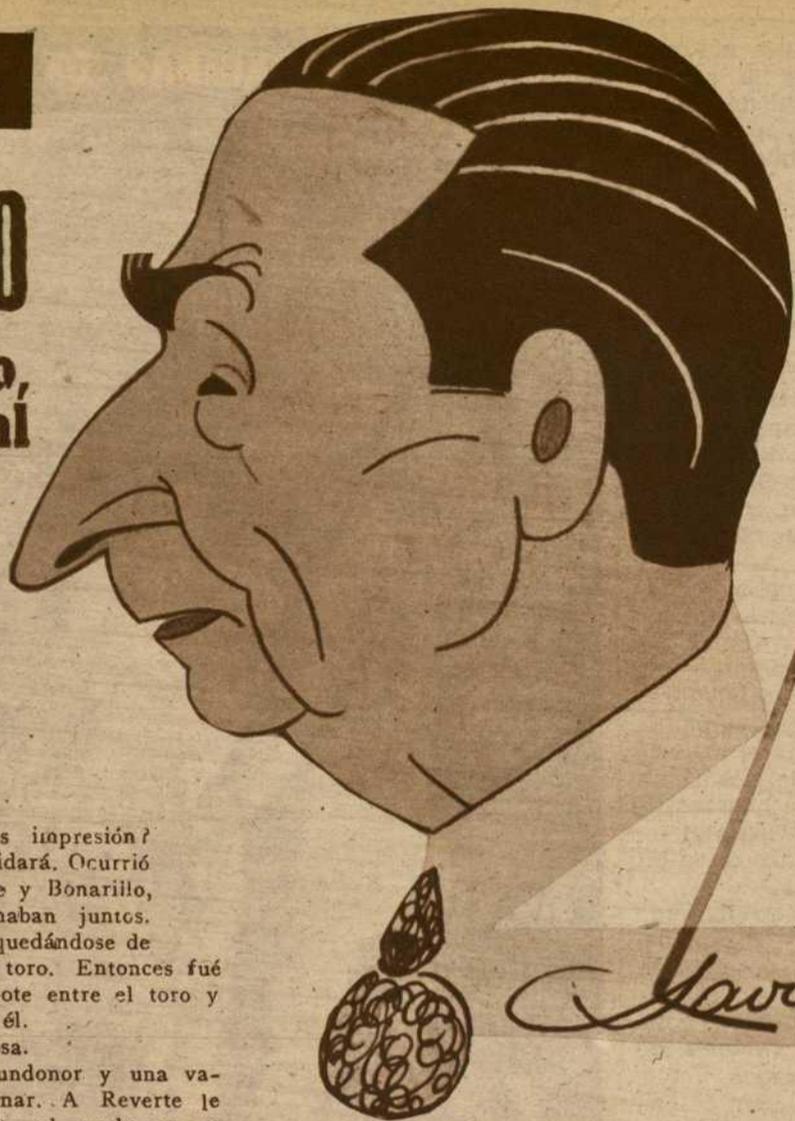
—Es que tenían un pundonor y una valentía difíciles de imaginar. A Reverte le vi otra vez dar la vuelta al ruedo en un toro que le echaron al corral. Era un marrajo de esos que vienen por el dinero de la temporada. Por más que hizo, Reverte no pudo con él. Le tocaron un aviso tras otro, y salieron los mansos. Reverte se colgó al cuello del toro, intentando apuntillarlo, y así, rodeado de los mansos, pero sin cejar en la lucha desesperada, entró con su enemigo a los corrales. La emoción que se produjo fué indescriptible, y la ovación con que le premiaron, ensordecedora... En esto de avisos también me acuerdo cuando a Machaquito le tocaron uno en un toro que a la hora de matar se echaba para atrás y no había forma. De pronto, Fuentes se fué hacia Machaquito y le quitó la muleta. Ante la expectativa del público, le cambió el trapo rojo para armarla con el reverso morado de una capa. Machaquito citó con este color, y el toro se arrancó sin vacilar, recibiendo una estocada hasta el puño. Los espectadores hicieron dar la vuelta al ruedo a los dos espadas.

—¡Vaya vista!

—Sabían mucho de toros aquellos toreros. Mazzantini fué ganadero, y en la primera corrida suya que se lidió en Madrid, al ir a soltar el primero, estaba don Luis cerca de Lagartijo, y le dijo: «A ver qué le parecen mis toros, Rafael». Y Rafael, tan pronto como pisó el primero la arena, le contestó: «Me parece que ése viene por el ganadero». En efecto, se fué derecho el toro hacia Mazzantini, que tuvo que saltar presto la barrera para ponerse a salvo.

—En tantos años de aficionado, habrá visto muchas faenas memorables.

—Desde luego, he asistido a tardes apoteóticas. He visto a Belmonte y a Joselito hacer maravillas. No obstante, la faena que me ha dejado mejor sabor, la más completa y perfecta, fué la de Antoñito Bienvenida el día de los tres cambios, seguido cada uno de la serie de naturales. Fué... de antología. Pero mi torero de todos los tiempos es Belmonte, porque es el que le ha echado más verdad al toro, porque lo hacía todo con las manos, el capote y la muleta. Era... genial. Una tarde toreaban Gaona, José y él. Los dos primeros toros fueron un triunfo para sus espadas respectivos. A Juan le salió un toro malo, y fracasó. El público gritaba: «¡Los dos solos!» Joselito y Gaona repitieron su triunfo en sus respectivos segundos toros. Y salió el último, el de Juan. ¡Qué haría, que el público, al terminar la corrida, aquel público que se había pasado la tarde



gritando «¡Los dos solos!», salió hablando sólo de Juan, olvidado por completo de los otros dos.

—Y usted, ¿no ha sentido tentaciones de emular a los coletudos de fama?

—¡Cómo que no! ¡Ya lo creo! ¡Si mi ilusión era ser torero! Y hasta estuve anunciado como banderillero en Chinchón. Pero los amigos me empezaron a decir que si sabía bien lo que hacía, que a lo mejor, al verme en la Plaza, no me atrevía, que los mozos, al enterarse de que era un señorito de Madrid el que se *vajaba*, me iban a tirar ladrillos... Total: que les tomé más miedo a los ladrillos que al toro, y no fuí. Pero torear sí he toreado varias veces, y una vaca, La Verdugona, a la que quise quebrar con un par de banderillas, me quebró ella a mí y me hizo polvo.

—¿Toro grande o toro chico?

—Toro. Eso es lo que le falta a la fiesta. Y le sobra el beceiro. Yo soy partidario del toro. Con cinco años. El tamaño no importa. Es la edad. El que mató a Joselito era un toro pequeño. No es a la báscula a la que hay que estar atentos, sino a las hierbas. Todo ha cambiado. En la Plaza vieja, yo estaba abonado a delantera de la grada octava, pegadita a la novena. Sombra toda la tarde. Las corridas de abono me salían a seis veinte. Cuando en las extraordinarias pagaba ocho o diez pesetas y la fiesta no transcurría a nuestro gusto, nos levantábamos, agitábamos las entradas y armábamos un escándalo colosal, gritando: «¡Ladrones! ¡Ladrones!»

—Cuénteme algo gracioso de esos tiempos.

—Una tarde, Asenjo y yo estábamos viendo una corrida. A Antonio le tocó al lado un espectador de los que discuten, y Asenjo no estaba conforme y le llevaba la contraria. El hombre, ya irritado, le dijo: «¡Usted qué sabe! Yo llevo veinte años viendo toros!» «¿Y qué?» —le replicó Asenjo—. Yo he sido toro cinco años.» Excuso decirle que el regocijo en el tendido fué general. Otra cosa graciosa es lo que sucedía con los espontáneos que eran conmovidos por los embolados que antes se soltaban al final de las corridas.

—Pues, ¿qué ocurría?

—Que cuando entraban en la enfermería no tenían nada en los bolsillos: ni el reloj, ni el dinero, ni el tabaco, ni siquiera el pañuelo... Los que lo llevaban en brazos lo *aligeraban*, en el breve trayecto, de todo cuanto tuviera algún valor.

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

HACE años me ocupé de la célebre Escuela de Tauromaquia que creó en Sevilla Fernando VII, por Real Orden de 26 de mayo de 1830, y expuse mi opinión sobre tan singular instituto de enseñanza, manteniendo que lo consideraba ineficaz para llenar la finalidad de educar metódica y artísticamente a los que habían de dedicarse a la difícil tarea de lidiar reses bravas, y disminuir la frecuencia de accidentes desgraciados.

No me propongo ahora repetir mis argumentos, que al fin y al cabo son de quien, como yo, no conoce el toreo más que teóricamente, sino recordar el criterio expresado, de manera rústica, pero acertadísima, de un varilarguero contemporáneo de la citada Escuela.

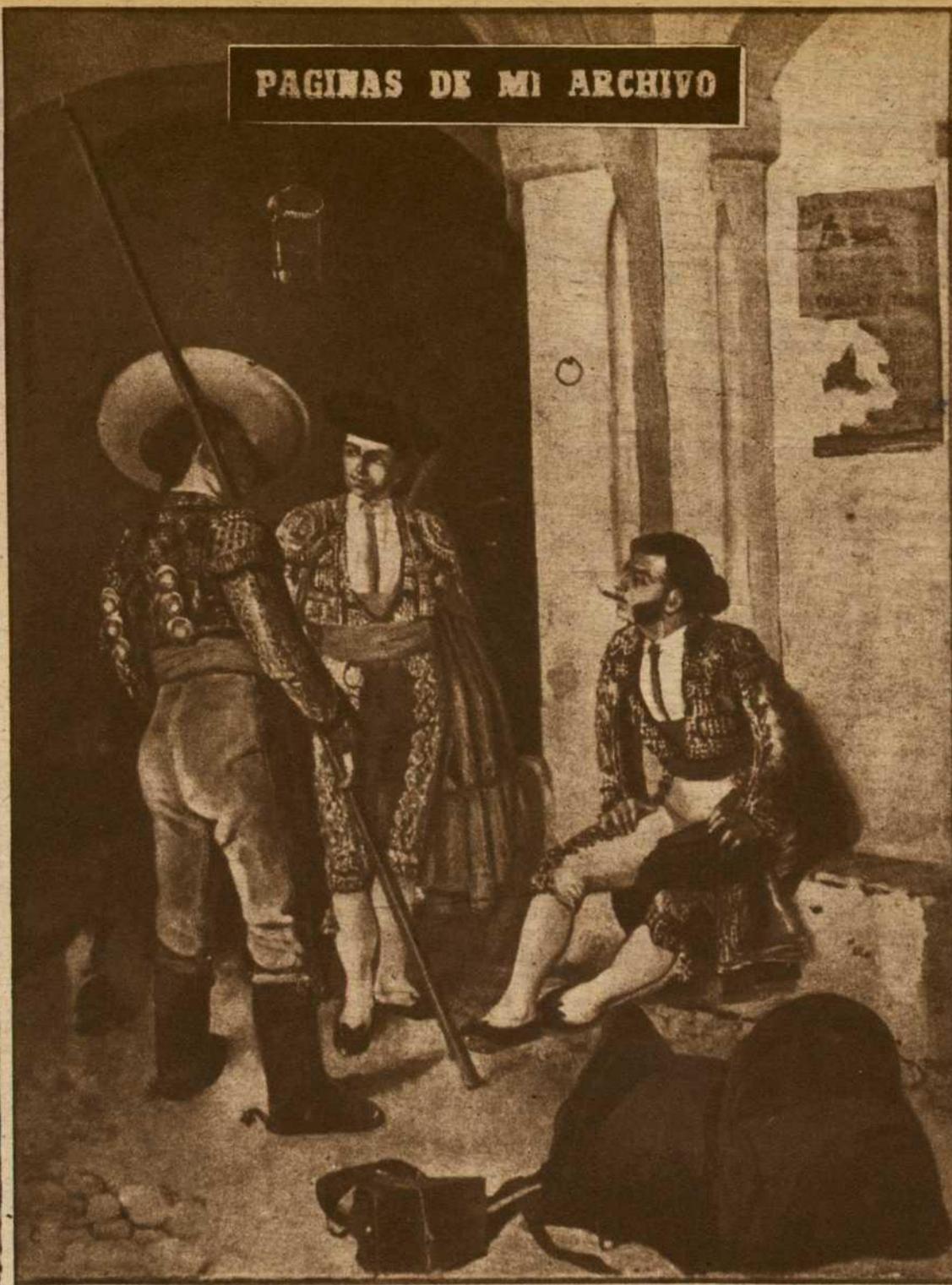
Un picador llamado José María Durán, del que no hay noticias en ningún libro, ni se encuentra su nombre consignado en carteles de aquellos tiempos, debió, sin embargo, andar entre diestros muy conocidos, porque era amigo y se carteaba con él, del farmacéutico don Antonio Moreno Bote, que en aquella sazón era uno de los aficionados que gozaban de más autoridad en Madrid. Otro día hablaré de él más despacio y de la famosa tertulia taurina que se congregaba en su farmacia, situada en la Carrera de San Jerónimo.

He procurado investigar, hasta donde me ha sido posible, quién fuera Durán; pero mis esfuerzos han resultado baldíos, y un pesquisidor de asuntos taurinos tan inteligente, laborioso y sagaz como José María Cossío, que ha visto tantísimos carteles de aquellos años y ha registrado multitud de archivos, tampoco ha logrado dar con el rastro de tan curioso individuo. Creo que hasta ahora lo único que se conoce de él es la carta que guardo en mi archivo, encontrada en los papeles del conde de la Estrella, que tuve la fortuna de que llegaran a mis manos, y que conservo como documentación interesante y única.

La epístola en cuestión consta en mi libro titulado «La Escuela de Tauromaquia de Sevilla», pero la voy a copiar para que los lectores de EL RUEDO que no la hayan leído puedan conocerla. La considero interesante, porque su contenido, envuelto en una forma tosca, revela en su autor un sentido clarísimo y, sobre todo, un juicio muy acertado de lo que significa la brega del hombre con el toro.

La carta es muy extensa, porque en ella se refiere a otras que anteriormente habían cambiado, por cuya razón no la copio ahora

PAGINAS DE MI ARCHIVO



La Escuela de Tauromaquia de Sevilla, juzgada por un picador de la época

en su primera parte, que ya publicaré otro día. Es también de interés y, sobre todo, da en ella noticias de picadores que entonces principiaban, y que alguno de ellos fué después muy nombrado.

De la Escuela se ocupa en la postdata, que reproduzco textualmente, con todas sus incorrecciones, porque enmendadas le harían perder autenticidad al escrito. Dice así:

«Concluyda esta me entregó un criado que vino del Pueblo su apreciable del 20 de Agosto anterior y enterado en su objecion sobre el Cartel digo a V. que no ubo ydea en las espresiones que V. cita ni nadie aqui lo noto y las citadas Espresiones sepueden moralisar sin ajar la Escuela pues yo soy uno de sus defensores; mas pongase el Diestro en cualquiera suerte apie ó á caballo y aga quanto previenen las reglas y ael meter el Toro la Cabeza ase un mobimiento que el Arte no lo aprevisito y es cojido el Torero, luego la regla no es infalvle y pr esta razón noson todos hombres Toreros practicos pr que si fuesen

involuntario, sera hijo de lo ya dicho.»

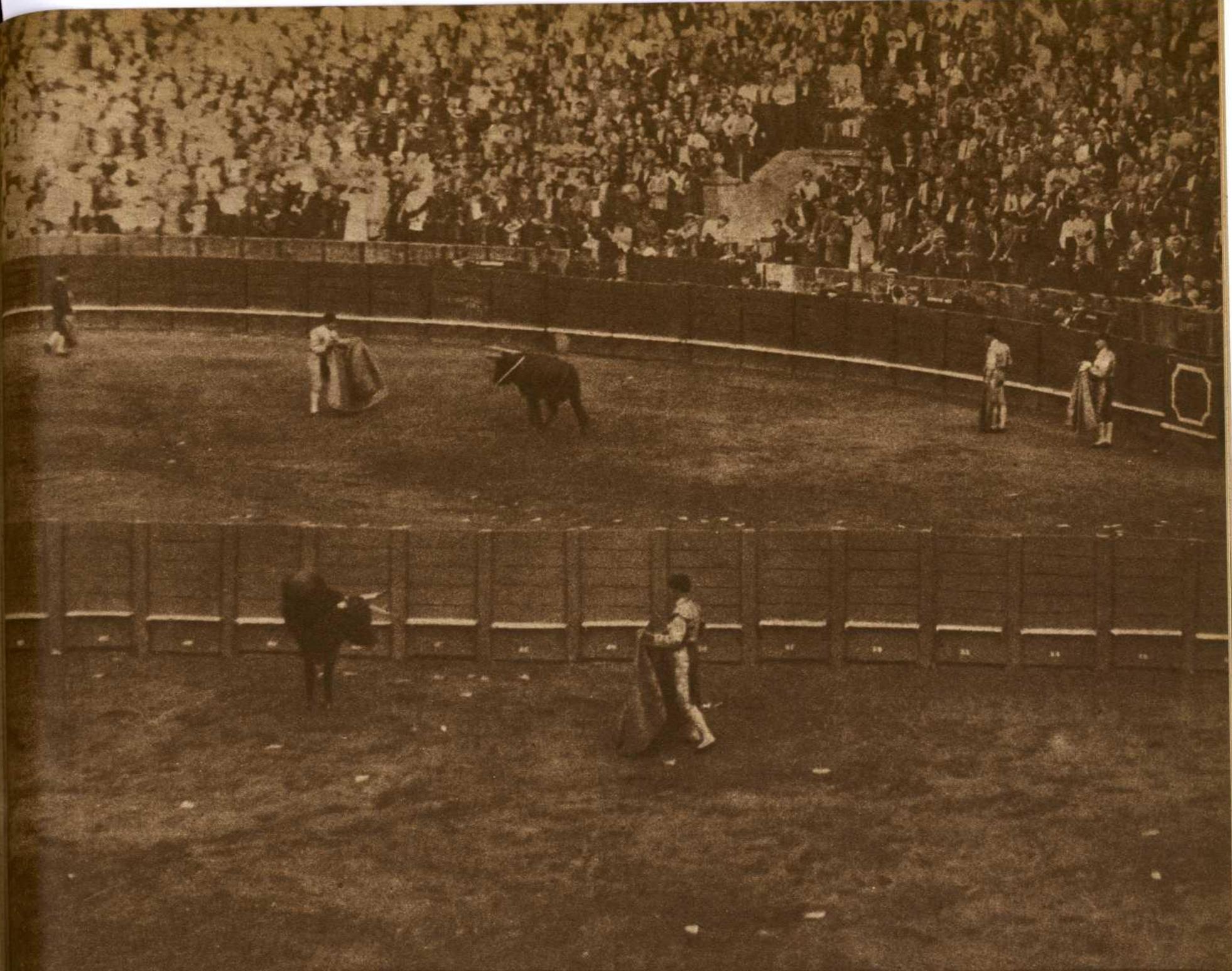
Como se ve, el singular piquero incurre en flagrante contradicción, porque a la par que dice ser partidario de la Escuela, la combate con un argumento incontestable. Es bien claro que, en efecto, él es adversario del extraño centro docente, pero que no quiere desagradar a Moreno Bote, al que, según consta en todas las crónicas, consagraban todos los toreros verdadera veneración.

Lo que no he podido saber es cuál fué el motivo del incidente que provocó el cartel, porque como se verá cuando publique la primera parte de la carta, allí tampoco se menciona. Entre los numerosos papeles que poseo del archivo del conde de la Estrella, no hay siquiera indicio de ello.

NATALIO RIVAS

(De la Real Academia de la Historia.)

las reglas tan fijas como las de Arismetica, seria tan comun el Toreo que no tendria merito y Torearia el Frances, el Aleman, el Polaco, el Ruso, el Ytaliano, y en fin todos pero tendremos la satisfaccion que el Arte de lidiar Toros está estancado en España y no en todas las Provincias pues pa esto saladeveder la primasia a los Andaluces bajos; esta es la vreve respuesta que puedo dar por escrito y digo que los que contrarian los Toros noson Españoles legitimos: pues unos tienen mesclas de Naciones Etranjeras, otros las tienen entre paquetes y p.... que son dos cosas yguales y todos estos se quieren acreditar de savios contrariando los Toros; que no ballan aellos y nonos quieran ilustrar; que nos dejen con nuestros Toros, aunque en esta materia nos tengan pr brutos que nosotros los tendremos a ellos por pajeros; y tal vez no nos engañemos, aqui ay tambien deesa canalla y seran delamisma catadura, lo jeneral de esta jente son como los sanganos de las Colmenas que sirviendo solo pa comerse la miel los matan las Abejas. Con todo si ubiera sabido que podia aber chocado la espresion del Cartel seubiera omitido aunque supito que soy uno de los fanaticos pr Toros y defensor de la Escuela y esbien publico en Sevilla; soy de V. Josef Maria Duran. Rubricado. Cartel —bien entiendo que no siendo la tauromaquia una de aquellas Artes que estan sugetas á reglas infalibles, si hay algun defecto



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

LA PLAZA PARTIDA

ESTAMPA de ayer es ésta que hoy asoma sus dos toros a nuestra página de todas las semanas. Estampa de ayer, porque en estos días, más que nunca, apenas si es posible. Por varias razones. Porque no hay toros para ello y porque faltan espectadores.

Si en esta época en que pasan los carteles ante la indiferencia de la afición, sean los nombres que sean los que adornan el rectángulo de largo papel que se posa en las esquinas de las calles, anuncian esta doble corrida, nada habría que hacer, pues en consecuencia puede deducirse que si no hay gente para una corrida menos podría haberla para dos.

Pero esto ya es salirnos de nuestro cometido, que, como siempre, se reduce a cantar la excelencia de la fotografía que encabeza nuestras líneas.

Claro está que esto viene a ser una forma de rodear el tema, puesto que a nosotros —un poco lejos de esos modos— no se nos alcanza la gracia o la espectacularidad de esta forma de dar el espectáculo taurino.

Si en la mayoría de los casos nos faltan ojos para enterarnos de lo

que pasa en el ruedo, si éste se encuentra dividido en dos partes y en cada una de ellas hay un toro, un matador y su cuadrilla, bastante más difícil será enterarse de lo que ocurre. Porque si nos ponemos en el caso, no sabremos muy a ciencia cierta si se le pita al espada del lado derecho o del izquierdo, o si aquellos ¡oles! corresponden a un lado o al otro.

Difícil es, pues, este sistema, y suponemos que bien muerto está, si es que enterrado fué. Pero nuestro deber de amigos del ayer era sacarlo a relucir, y

aquí está. Es en Sevilla y en una novillada económica. Los peones andan a vueltas con los morlacos para reducirlos. Después, los matadores se las entenderán con ellos.

Pero ¿y el público? ¿Se las entenderá?

Creemos sinceramente que no.



A PUNTA DE CAPOTE

TOROS EN LA PLAZA MAYOR

La condesa de Aulnoy, ilustre dama y renombrada escritora del gran siglo literario de Francia, estuvo en Madrid en 1679. Fruto de sus observaciones fué su interesante libro *Viaje por España*, hoy gustado por el público merced a una primorosa traducción de don Luis Ruiz Contreras. En este libro amenísimo la sutil escritora señala nuestros vicios y encomia nuestras virtudes, sin graves aspavientos para los primeros ni falaces inexactitudes para las segundas.

Todo lo dice y lo cuenta con noble ingenuidad femenina, y sucesos, tipos y cuadros de color entran por sus ojos limpiamente y se trasladan al libro como fueron vistos y sentidos. Entre ellos aparecen, ¿cómo no?, nuestras famosas corridas de toros. Pero no, claro es, las corridas de hoy, que ella no pudo vislumbrar, sino aquellas otras, galantes, heroicas y espléndidas, que tenían su marco en la deslumbradora Plaza Mayor. Toreo clásico a la jineta, que tuvo sus raíces en las justas y torneos medievales, y que, a despecho de Pontifices y reyes, aún perdura entre nosotros en su forma heredada de toreo a pie; bárbaro espectáculo quizá para la inteligente viajera, pero no por bárbaro menos bello ni menos conforme a nuestro carácter, como la misma dama francesa reconoce y proclama.

Y dicho esto, procuremos asistir a una corrida de toros en la Plaza Mayor a través de los ojos de la condesa. Nuestra amiga, que podemos considerarla así desde este momento, asiste al maravilloso espectáculo con pupilas dilatadas por la admiración. Está en el antepecho del balcón de la Embajada francesa, frente por frente del balcón regio. La acompañan dos caballeros españoles, don Fadrique de Cardona y don Fernando de Toledo. Ambos la ilustran y asesoran con la bella galantería de nuestro Siglo de Oro.

¿Qué es lo que entra por los ávidos ojos de la condesa? Una gran ascua de luz cegadora y multiforme. En ella, con latidos etéreos de oro y azul—azul de cielo y oro de sol—, tiemblan los sonidos, crepita la luz en chispas arrancadas a los centelleos de las armas en los paladines, a los destellos titilantes como noctilucas que tanto enaltece la seda y el brocado como la carne de fuego de la mujer española. Vedla, de pechos sobre el balconaje de tapices maravillosos, buscar con los ojos, linternas negras de pasión y orgullo, al noble jinete caballero en plaza que caracolea garboso sobre su montura, seguido de su cohorte de pajes y escuderos cargados de rejonés y picas cortas para la tremenda lucha de su señor con el toro fiero como el tigre de la selva y arrollador como una fuerza natural. Cada damisela tiene un caballero a su servicio ante la muerte y cada caballero una dama de sus pensamientos que le contempla. Sus miradas se cruzan: las de él, ella las recoge en el estuche recóndi-

to de su vanidad halagada, y las de ella repercuten en el pecho varonil y en el músculo acerado. A la dama francesa el espectáculo le parece algo salvaje y brutal; pero, en cambio, el móvil de la fiesta—amor y rendimiento a la mujer—enardece su alma delicada hasta el entusiasmo por aquellos bravos caballeros que no pestañean ante la cara de la muerte si en ella vislumbran una sonrisa de mujer. Y esto, el sentido galante y caballeresco de la fiesta, es lo que entusiasma a la extranjera.

¡La galantería española! ¡Cuán ágiles, bellos y valientes son los hombres de esta tierra! Así piensa y siente la dama francesa muy siglo Luis XIV. Pero... ¿pensaría y sentiría lo mismo la aristocrática señora si le fuera dado contemplar cómo el toro de antaño ha descendido de su cabalgadura y hogaño lucha a pie con el toro y no precisamente por la mirada de una bella? No nos metámos en dibujos.

Los ojos de la egregia visitante se llenan de lumbres y vislumbres, de banderas y gallardetes. Sus oídos ensordecen con el vocerío de la plebe, sordo pleamar que le llega de los graderíos escalonados desde el suelo a los primeros pisos de las casas.

Hasta los tejados se le aparecen cubiertos de racimos humanos bulliciosos. Y para que no falte delicia a sus sentidos, su paladar se recrea con los dulces de la plaza de Herradores, casa de Botín, y sus manos se estremecen y solazan con el roce de los guantes ambarinos, las medias de seda y hasta las joyas con que la obsequian los galantes caballeros castellanos. Ella mira a los balcones y los balcones la miran a ella con ojos de Santa Cruzada, Santo Oficio, Concejo de Castilla, Ordenes militares y Grandeza de España. Inolvidable eclosión de luz, belleza y alegría. Por mucho tiempo llevará la condesa en los oídos las fanfarrias y clarines que anuncian la próxima llegada de Su Majestad...

¡El rey! El rey de medio mundo, apenas medio hombre, se presenta en el fastuoso balcón de la Panadería. Su perfil



Condesa de Aulnoy

agudo acusa el lívido prognatismo del último descendiente de Carlos V, enmarcado en largas gudejas que en bucles le bajan hasta los hombros. Los grandes de su servicio, entre ellos las famosas meninas, quedan a sus espaldas.

—Vitor, vitor!—clama el pueblo, y ante una señal de la mano pálida, el silencio traba las lenguas y el comentario irrespetuoso cosquillea los cerebros con alfileres de ironía.

Una vez terminado el riego de la Plaza con cuarenta o cincuenta cubas conducidas por otras tantas carretas, la más admirable cabalgada se presenta ante el balcón real; la preceden seis alguaciles con varitas blancas en las manos, de negro vestidos y tocados con sombreros de vario plumaje. Los caballeros, resplandecientes de sedas, rasos, oros y brillantes, saludan a la católica majestad con los airosos chambergos en aérea rúbrica, y solicitan reverentes su permiso para comenzar la lidia. El rey lo otorga y un clarín rasga el espacio como un reto a las fieras encerradas.

Los criados de los grandes, pajes y palafreneros que llevan de la brida las mulas cargadas de rejonés, se agrupan en distintos lados de la Plaza.

Un hombrín pequeñajo toma una gran llave de uno de los alguaciles y abre con ella la puerta del toril, huyendo en el acto como una exhalación por una escalerilla de mano. A punto de la salida del primero de los veinte toros que van a lidiarse, un gran silencio, interrumpido sólo por un trepidar de espuelas, sobrecoge las almas...

Y al cabo, sobre lo negro del portalón asoma el testuz temeroso de la fiera con sus dos armas naturales erguidas en punta... Un ¡ohooooo! prolongado la recibe, y la escritora gala, estremecida y curiosa, concentra toda su atención para no perder contraste ni sorpresa.

Pero son tantos y tales unos y otras, que por fuerza hemos de continuar su relato en artículo aparte.

BLENOCOL

Protege al hombre

BLENOCOL es un producto registrado; rechace todo profiláctico que no lleve la marca BLENOCOL



El jueves, día 16, hubo corrida en Talavera. Los toros de Ignacio Sánchez, dieron mucho juego. Alvaro Domecq estuvo bien. Angelete y Luis Miguel Dominguín se hicieron aplaudir. Pepín Martín Vázquez cortó una oreja.

—El sábado, día 18, se celebró en Zaragoza la corrida de Beneficencia. Se lidiaron ocho toros de González (antes Contreras), bien presentados y sin grandes dificultades. El viento deslució en parte el festejo. Domingo Ortega, bien en sus dos toros; fue ovacionado al terminar con sus dos bichos. Pepe Luis, que mató a su primero de una estocada, y a su segundo de media y el descabello al primer intento, fué ovacionado en el segundo y cortó la oreja del sexto. Antonio Bienvenida cortó la oreja del tercero y fué ovacionado en el séptimo. Pepín Martín Vázquez dió la vuelta al ruedo en el cuarto y oyó aplausos en el octavo. El capote de paseo que se había de regalar, por votación, al diestro que lograra más lucida actuación, fué adjudicado a Pepe Luis Vázquez, por 1.599 votos. Le seguía Antonio Bienvenida, con 628.

—El domingo, día 19, hubo en Madrid un mano a mano entre los sevillanos Pepe Luis

POR ESPAÑA Y AMERICA

PEPE LUIS VAZQUEZ, ANTONIO BIENVENIDA, PEPE DOMINGUIN, LUIS MIGUEL DOMINGUIN, ARMILLITA, BELMONTE Y ANDALUZ cortaron orejas

La Plaza de El Toreo va a ser demolida.—GITANILLO DE TRIANA, MANOLETE y MENDOZA torearon en un festival en Caracas

Vázquez, y Pepín Martín Vázquez. La entrada fué muy buena. Habían sido rechazados por los veterinarios los seis toros de Tassara, y en su lugar se anunciaron seis de Ruisseñada. El tercero se inutilizó de salida y fué sustituido por otro de Aleas. No dieron buen juego los toros. El mejor lote, dentro de la mediocridad, le tocó a Pepín. Pepe Luis tuvo que lidiar, en primer lugar, un manso soso; el de Aleas, manso también, se dejó torear, y el quinto, que pesó 562 kilos, estaba muy peligroso por el lado derecho. Así y todo, la tarde fué para Pepe Luis. Dos vueltas al ruedo, en el tercero y en el quinto, dió el de San Bernardo, y oyó muchos aplausos. Pepe Luis mató al primero de media estocada y el descabello al segundo intento; al tercero, de una corta y el descabello al primer intento, y al quinto, de media superior. Pepín oyó pitos en el segundo, una ovación en el cuarto y algunos aplausos en el sexto. Banderilleó muy bien, estuvo valiente y en ocasiones, lucido. Al terminar la corrida, Pepe Luis fué despedido con aplausos.

—En Barcelona lidiaron seis toros, de Lamamié de Clairac, los diestros Ortega, Antonio Bienvenida y Parrita. Los toros, blandos y de poco poder. Ortega, bien en uno, dió la vuelta al ruedo en el otro. Antonio Bienvenida cumplió en uno y estuvo bien en otro. Parrita, que estuvo bien en los dos suyos, fué despedido con aplausos.

—A beneficio de los damnificados por las últimas inundaciones, actuaron en Orihuela los hermanos Domingo, Pepe y Luis Miguel Dominguín, que mataron reses de Tovar. Domingo dió la vuelta al ruedo en sus dos toros. Pepe cortó cuatro orejas y dos rabos. Luis Miguel cortó la oreja del tercero, y las dos orejas y el rabo del sexto. Los tres hermanos salieron en hombros.

—En Sevilla se corrieron tres novillos de Juan José Cruz y tres de Guadalest, todos bravos. Niño de la Palma fué cogido por el primero y no pudo continuar la lidia. Manuel Pelea oyó aplausos en dos novillos. Manuel Rojas, bien con el capote, regular con las banderillas y mal con muleta y estoque.

—Paco Honrubia mató regularmente dos novillos de Flores Albarrán, en Valencia, y Brú y Rodríguez despacharon cuatro becerros.

—Cardeño cortó una oreja en Sanlúcar de Barrameda. Torerito de Triana II, que estuvo mal en el segundo, fué cogido por el cuarto.

—En Valdepeñas, con novillos de Sebastián González Bombita cortó la oreja del primero y dió la vuelta al ruedo en el cuarto. José Cato cortó las dos orejas del segundo, y una oreja en el quinto. José Uría, bien en los dos.

—Sólo tres novillos pudieron ser lidiados en Béjar, a causa de la lluvia. Rogelio Ortega y Toledano se vieron obligados a abreviar.

—En Lorca lidiaron novillos, de doña Francisca Marín, los matadores Alvaro Moya y Niño de Caravaca. El primero estuvo valiente. Niño de Caravaca cortó una oreja.

—Con novillos de Vázquez actuaron en Algeciras los novilleros Flores, que cortó una oreja; Rodríguez, que oyó aplausos, y González, que dió la vuelta al ruedo.

—En Tómeloso se celebró un festival benéfico. Juan Belmonte (padre) rejoneó y banderilleó a caballo. Pie a tierra hizo una gran faena. Cortó las dos orejas. Pedro Domecq fué ovacionado. Alvaro Domecq cortó la oreja de su novillo, y Eduardo Liceaga fué muy aplaudido.

—Se dió el domingo, en la Plaza de El Toreo (Méjico), la última corrida de toros. La Plaza ha sido vendida en 1.400.000 dólares; será demolida, y en el solar se edificarán viviendas. Fué inaugurada el 22 de septiembre de 1907. En la última corrida, celebrada el domingo, se lidiaron dos toros de Anteco y cuatro de San Diego de los Padres. Después de la lidia ordi-

aria se corrió otro toro, que fué lidiado por Samuel Solís, que vestía a la andaluza. Actuaron Andrés Blando, Edmundo Zepeda y el colombiano Miguel López, que confirmó la alternativa. No hicieron nada notable. Presidió Rodolfo Gaona.

—En Caracas hubo festival, con la intervención de Gitanillo de Triana, que cortó una oreja; Manolete, que fué muy aplaudido, y Julio Mendoza, que cumplió.

—En Lisboa se lidiaron novillos de Santos y de Oliveira. El rejoneador Nuncio no consiguió lucirse. Diamantino Vizéu y el mejicano Emilio García fueron ovacionados.

—El lunes, día 20, se celebró en Zaragoza la corrida goyesca, que fué suspendida, por lluvia, el domingo. Se lidiaron ocho toros de Belmonte. Armillita cumplió en el primero y cortó las dos orejas del quinto. Juan Belmonte, que brindó la muerte del segundo al inglés Mr. Mac-Lennan, llegado en avión-taxi para presenciar la corrida, dió la vuelta al ruedo en dicho toro y cortó la oreja del sexto. Calesero oyó aplausos en el tercero, y en el séptimo, que llegó al último tercio inutilizado, cumplió. Andaluz cortó la oreja del cuarto y dió la vuelta al ruedo en el octavo.—B.



Rodolfo Gaona



Juan Belmonte

VISTA ALEGRE, totalmente reconstruída

**BOMBITA,
MACHAQUITO
Y GAONA**
la inauguraron en 1908

**DENTRO DE MUY POCO
TIEMPO, LA "CHATA"
VIVIRA SUS TARDES
TRIUNFALES DE AYER**

**HABIA
QUEDADO
DESTROZADA
EN LA GUERRA**

Vista Alegre, para los aficionados, era el pequeño reducto de sus devociones más cumplidas. Lo pequeño, la anécdota, estaba allá por Carabanchel Bajo, para que los aficionados —casi encima del mismo ruedo— pudieran hacer el quite a sus ídolos.

Así fué viviendo, acunada en muchas tardes de triunfo, la Plaza de Vista Alegre, airosa, con rumbo madrileño y castizo. Por eso la llamaban la «chata».

Luego...

Los que hemos llegado más jóvenes a la fiesta, llegamos a saber que sobre la ruina de los escombros se alzó airosa la «chata». Un pequeño peregrinaje de recuerdos nos decía que allí, en Vista Alegre, muchas tardes, los Santa Coloma prendieron sus reales de poder y bravura.

Sí; recuerdos. Quizá también nostalgia desde que Cossío —olvidando, muy bien por cierto, esa gravedad de las Plazas de hoy— la llamó alegre, risueña y «chata», como en un piropo.

Vista Alegre comenzó a edificarse el 10 de agosto de 1906 y tras varios aplazamientos y no pocas dificultades, fué inaugurada el 15 de julio de 1908, con una corrida a beneficio de la Asociación de la Prensa, en la que Bombita y Machaquito —alejados entonces de la Plaza de Madrid— y Gaona, lidiaron cinco toros del marqués de Castellones y uno de Olea.

Vista Alegre tenía una capacidad para 3.000 espectadores, y en 1926 se hicieron en ella importantes reformas.

Ahora, la «chata», Vista Alegre, alza de nuevo su risueña construcción donde hace poco tiempo sólo había ruinas. Vista Alegre, dentro de muy poco, abrirá sus portones...

Un buen amigo —autorizado en este caso— me acompañó, hace unos días, a visitarla. Y de paso me fué diciendo...

—Los cuantiosos daños sufridos por la Plaza —durante la guerra—, han sido reparados con inmejorable criterio, efectuándose importantísimas obras en su reconstrucción, con un acertado sentido de mejora en los accesos, higiene y

comodidad. Todos los trabajos están ya a punto de darse por terminados.

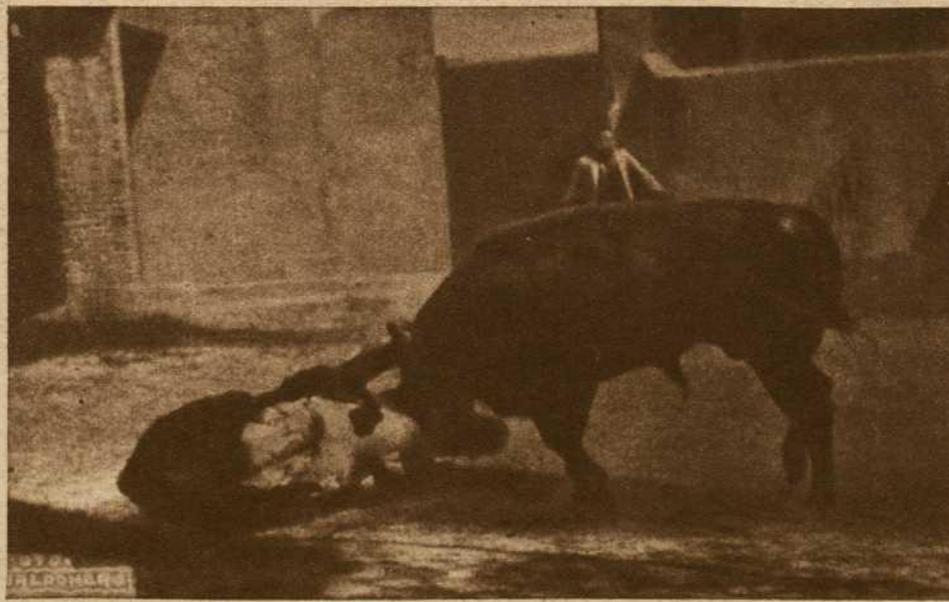
—¿De Vista Alegre de ayer, a Vista Alegre de hoy, hay mucha diferencia?

—En parte, sí. La «chata» gana mucho en esta



En los corrales de la Plaza de Toros de Vista Alegre no eran raras escenas como ésta. En la «Chata», de Carabanchel, se lidiaban toros grandes y bravos y las luchas de los astados en los corrales acababan muchas veces con la muerte de uno de ellos

ocasión, puesto que se ha ganado en el trazo de tendidos, una pendiente adecuada a la total vista de los tercios —en todo el ruedo— y del conjunto del graderío, con máxima comodidad para cualquier espectador. Las



Otra riña de toros en los corrales de Vista Alegre. Una de las reses ha caído mortalmente herida; pero el vencedor no dejará de cornear a su víctima hasta que los cabezoteros logren llevarlo a otro corral

dimensiones del ruedo y anillos han sido respetadas íntegramente y queda inalterable el sentido de la proporción, que tanto calor dió a las faenas de lidia en pasadas fiestas.

—¿Trabajos más importantes realizados en Vista Alegre?

—Al servicio de la afición y con autorización de los organismos competentes han sido sustituidos los accesos a gradas, que eran angostos, por magníficas escaleras que ofrecen independiente y amplia entrada a cada localidad. Los servicios de higiene se han llevado de total acuerdo con las más exigentes medidas sobre el particular. Han mejorado notablemente todos los servicios. Así, los de aseo, los grandes corrales, con pasillos elevados para la asistencia al descajonamiento y apartado, los numerosos chiqueros, las instalaciones de enfermería y quirófano, la capilla. Las anchas galerías de acceso dan entrada a dos bares independientes que serán del agrado del público.

A cada lado de la puerta principal y de las naves —despacho de localidades—, hay dos magníficos porches cubiertos de azotea que sirven de ornamento y serán motivo de solaz y comodidad para el público. Sobre todas las cosas —insiste mi acompañante—, hay que destacar la comodidad de cada localidad y el acierto total de todas las obras llevadas, como usted ve, al mejor fin.

Tenía razón.

Porque hoy, la «chata», Vista Alegre, renovada y garbosa, sólo está esperando la alegría de un pasodoble y el oro de unos vestidos de luces.

Ya tiene el aficionado, de nuevo, a Vista Alegre, cuando la creían perdida para siempre.

Y no.

Felizmente, la «chata», más risueña, más airosa y más taurina que nunca, está a punto de llamarnos con la aguda estridencia de sus clarines...

Y entonces los aficionados madrileños, sentirán de nuevo la alegría inigualable de encontrarse donde hace unos años, todos vivieron tardes de triunfos... Es la alegría de volver a encontrarse en la casa de uno.

CADA SIETE DIAS
UNA VARA

OTRA DE CANTINFLAS

La verdad es que estamos un poquito arrepentidos de lo que el otro día decíamos con respecto a Cantinflas. Porque recientemente hemos leído en las páginas de un conocido diario, a quien no queremos hacer la propaganda, porque ya la tiene y no la necesita —hemos nombrado a «Marca»—, que el popular Mario Moreno torea añosos, y éstos, por respeto a su edad, no se matan siquiera.

Ello nos hace disentir de nuestro aventurado juicio de hace pocos días. No es verdad que nadie pueda sentirse agraviado ni dolido con la actuación del cineísta mejicano en los ruedos de allá ni de acá. Cuando nosotros emitimos aquel juicio carecíamos de noticias que fundamentaran totalmente nuestro juicio.

Nadie puede estar dolido ni sentirse inquieto. Si Cantinflas anda sólo con los añosos, aunque se ciña a ellos y torea mirando al tendido y para terminar dé tres o cuatro vueltas al ruedo, como ahora se estilaba, no creo que nadie pueda ofenderse.

Porque también hay que tener en cuenta que Mario no entra a matar. Es decir, que les perdona la vida.

Lo cual no pasa por aquí más que cuando suena el tercer ariso.

Para la sombra y el SOL!

EL MATADOR POR LAS CALLES



He aquí una curiosa estampa de la fiesta nacional. El matador que, prescindiendo de la jardinera, del simón y del taxi, en charla con un amigo, se traslada a la Plaza vestido con el traje de faena, con el mismo aire y la misma cachaza del que se va al café, después de comer, a discurrir de política o de fútbol.

Es una estampa modernista que viene a demostrarnos claramente hasta dónde puede llegar esto de los toros. Quizá no sea muy clásico y los puristas del estilo y de los modos se echen las manos a la cabeza. Pero tal como andan los tiempos, lo que verdaderamente importan es la economía y la sencillez de medios.

Este buen matador nos da una prueba de su buen sentido.

Porque, lo que él dice, y con mucha razón: «Lo que verdaderamente importa es volver en hombros».

UNA ANECDOTA A
LA SEMANA

LA MANGA DE LA CHAQUETILLA

En el año 1884 Frascuelo fué a Valencia a matar seis toros y estuvo verdaderamente colosal.

Porque al reunirse con los amigos, una vez terminada la corrida, el matador se quejaba de su labor.

Un amigo le pregunta:

—¿Y por qué no estás contento de lo que hoy has hecho en la Plaza, Salvador?

—Pues porque mi trabajo no responde a lo que yo espero de mí mismo.

—Sin embargo —objetó el amigo—, has estado estupendo.

—No; porque los toros —contestó Frascuelo— no importa que se rindan a la primera. Eso no quiere decir que estén bien estoqueados. Es preciso que salgan muertos de la mano y que la manga de la chaquetilla vaya a casa sin agremenes.

Las ovaciones se sucedieron durante su actuación, y el público se «volcó» materialmente con el espada, que no parecía estar muy contento.

Muy antiguo
y muy moderno...

Un coñac de
ayer para el
gusto de hoy.



VALDESPINO JEREZ

Balsamo Hazul

INGUENTO ANTISEPTICO
PARA ACCIDENTES Y
ENFERMEDADES DE LA PIEL.

QUEMADURAS - GRANOS
ULCERAS - HERIDAS
VENTA EN FARMACIAS

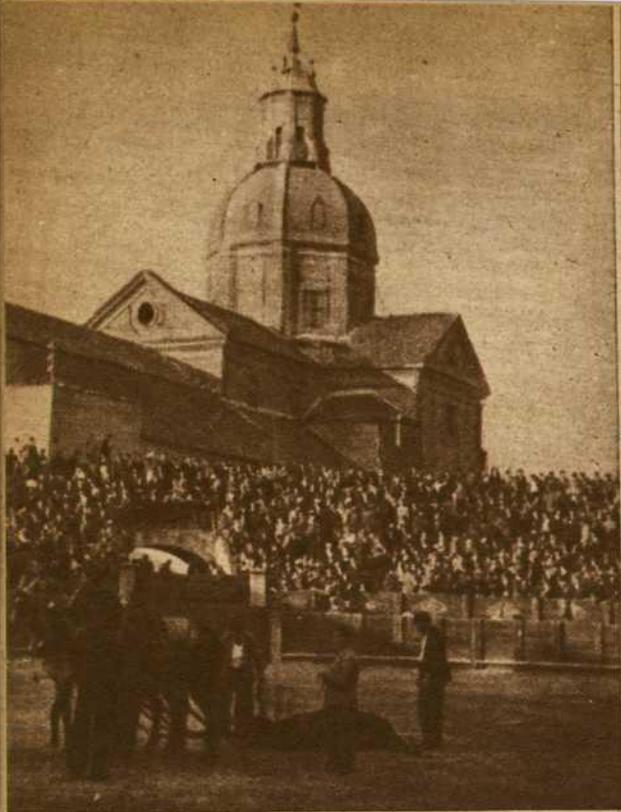


ANTES DE COMPRAR
UNA CAJA, PIDA
CATALOGO A LA
FABRICA MAS
IMPORTANTE DEL
RAMO

ARCAS GRUBER
S. A.

BILBAO

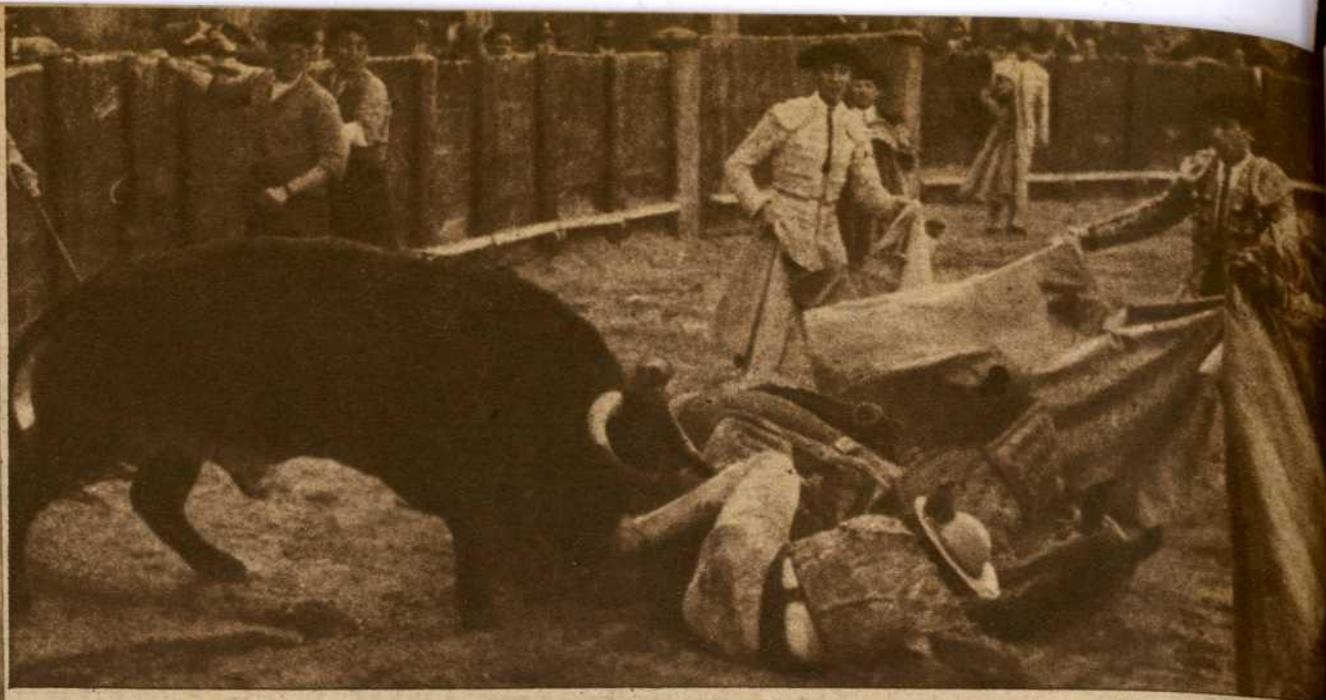
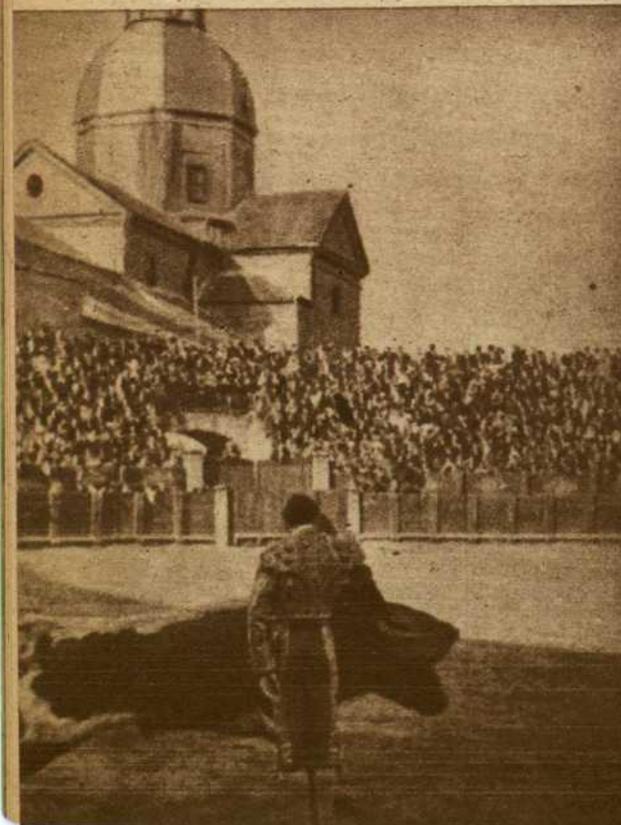
SUCURSAL EN MADRID: FERRAZ, 8



Corrida en Talavera. - El primer toro, después de muerto, va a ser arrastrado por las muñillas



Alvaró Domecq, después de rejonear, torea de muleta a su toro. — Abajo: Pepín Martín Vázquez en un muletazo por alto



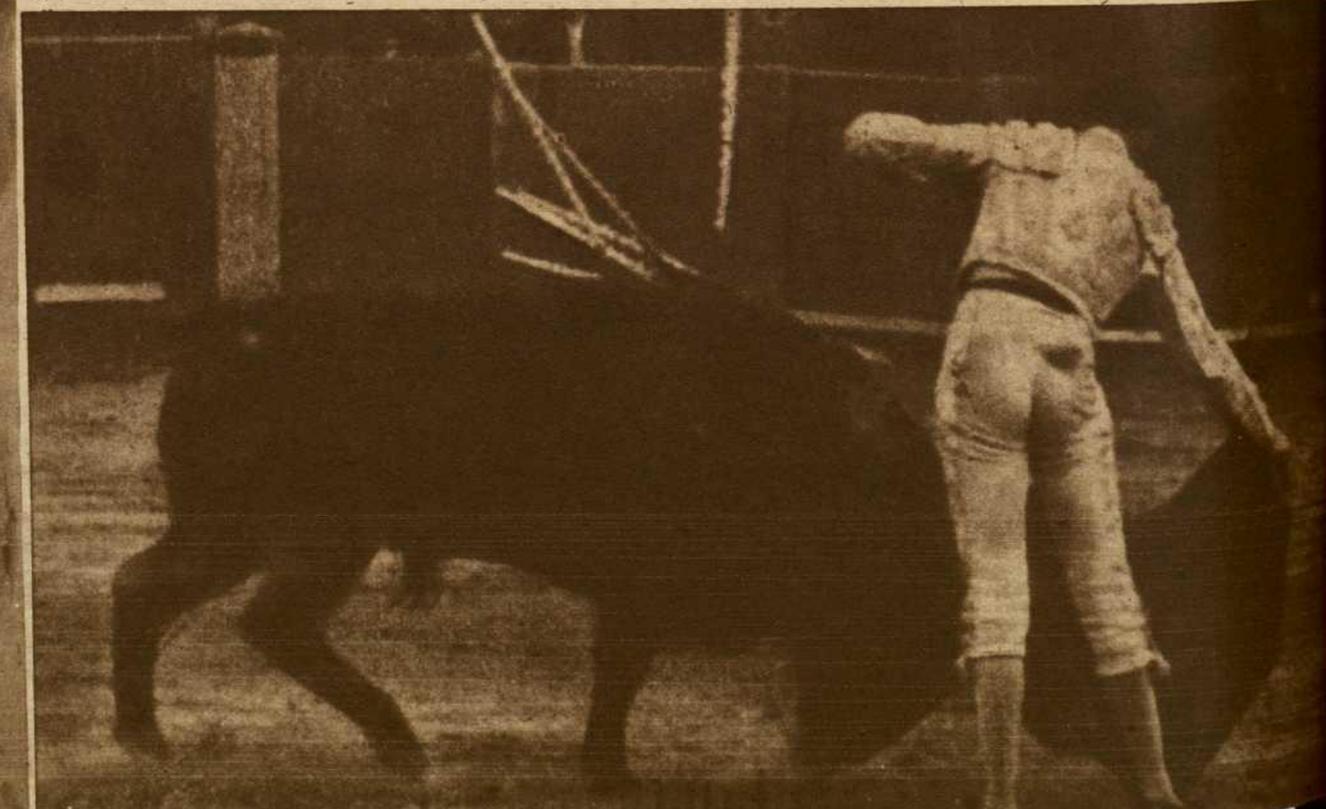
Una emocionante caída al descubierto de un picador. Los tres matadores acuden al quite

EL 16 DE MAYO EN TALAVERA

DOMECQ, ANGELETE, LUIS MIGUEL y PEPIN MARTIN VAZQUEZ



Angelete, en un muletazo por alto, durante la faena a su segundo toro. — Abajo: Luis Miguel Domínguez en un derechazo por bajo (Fots. Marí)





Toros en el campo

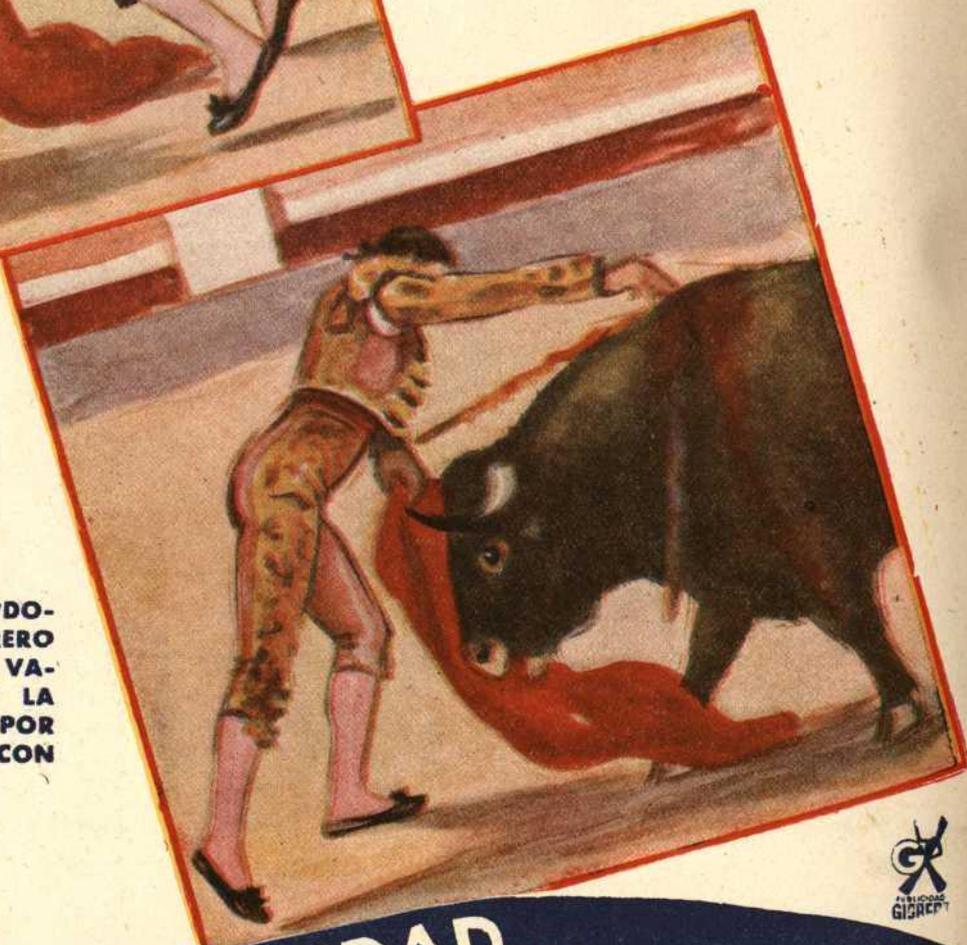
SUERTES DEL TOREO

EL VOLAPIE

EL FUNDADOR... Y SUS SEGUIDORES



JOAQUIN RODRIGUEZ, "COSTILLARES", FUE EL PRIMERO EN SUSTITUIR LA FAJA DE CUERO, A MEDIADOS DEL SIGLO XVIII, Y EL INVENTOR DE LA ESTOCADA «A VOLAPIE»



DOMINGO GONZALEZ, "DOMINGUIN", EL GRAN TORERO MADRILEÑO, ENTRE LOS VARIOS MATADORES QUE LA REALIZAN, SE DESTACA POR LA PUREZA Y LIMPIEZA CON QUE LA EJECUTA

...Y PARA CALIDAD...

COÑAC FUNDADOR

DOMECCO